

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1863. — TOMO XXII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.  
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 22. — N° 570.

## SUMARIO

**El nuevo rey de Dinamarca;** grabado. — **El collar de la reina.** — **Antonio Aurelio I, rey del Arauco;** grabado. — **Sucesos de Polonia;** grabados. — **Carreras de Kin'at Hané en Constantinopla;** grabado. — **Revista de Paris.** — **Los sueños.** — **Dos obras célebres.** — **Crítica literaria.** — **Cierva y cervatillos en el bosque;** grabado. — **Cacerías de Compiègne;** grabado. — **Los dos arqueros.** — **El ciprés.** — **Paseo de artistas de Niza á Villafranca;** grabados. — **Paris y Londres en 1793.** — **Museo de antigüedades galas en el terrado del palacio de Compiègne;** grabado. — **Problemas de ajedrez;** grabado.

### El nuevo rey de Dinamarca.

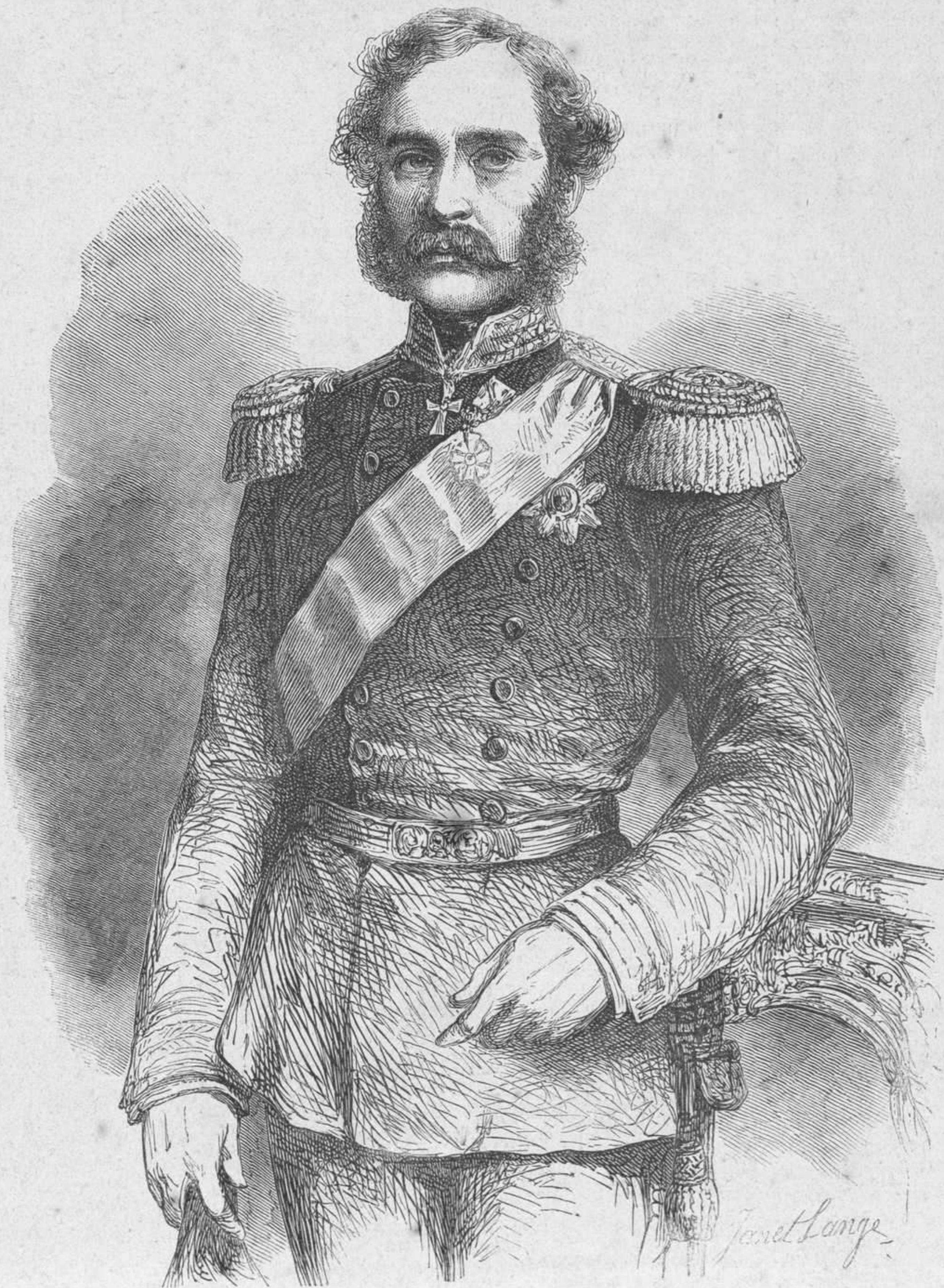
El rey de Dinamarca que acaba de morir, Federico VII (Cárlas Cristian), nació el 6 de octubre de 1808, y sucedió á su padre Cristian VIII el 20 de enero de 1848.

Casado dos veces y divorciado de ambas mujeres, no deja hijo alguno, y es su sucesor el príncipe Cristian, nacido el 8 de abril de 1818, príncipe heredero de Dinamarca, según el tratado de Londres del 8 de mayo de 1852 y la ley sobre la sucesión al trono del 31 de julio de 1853. Cristian IX, cuyo retrato damos en esta página, se casó el 26 de mayo de 1842 y tiene seis hijos. Una de sus hijas es actualmente princesa de Gales, y uno de sus hijos acaba de sentarse en el trono de Grecia.

El advenimiento al trono del nuevo rey, que en los primeros días pareció debía facilitar el desenlace de la intrincada cuestión del Schleswig-Holstein, ha venido por el contrario á complicarla.

En este supuesto, y para que nuestros lectores puedan apreciar debidamente los hechos, creemos muy importantes los siguientes datos:

El Schleswig y el Holstein fueron Estados independientes hasta mediados del siglo XV, en que se unieron á Dinamarca por la elec-



Cristian IX, rey de Dinamarca.

cion de Cristian I, rey de aquel país, para el trono de ambos ducados. Cristian, al tomar posesion de sus dominios, declaró que esta posesion no implicaba que los ducados hubiesen de formar en adelante un mismo reino con Dinamarca, sino que al contrario, permanecerian separados de ella en cuanto á sus derechos de sucesion. De aquí que concediese libertad á los ducados de elegir libremente á su sucesor, y de haber admitido en principio que el Holstein y el Schleswig quedarian juntos perpetuamente.

Hacia la mitad del siglo XVII los soberanos de los ducados, llamados respectivamente reales y de Gottorp, celebraron pactos y convenios, en virtud de los cuales aseguraban la sucesion á sus herederos varones. El duque Juan Augusto de Gottorp promulgó un decreto en 1650 con este objeto, dejando á su hijo su parte de derecho á los ducados, y en la misma fecha promulgó otro el rey de Dinamarca acerca de sus ducados reales, de suerte que el Schleswig y el Holstein no podian tocar, como hemos dicho, sino á sus herederos varones. Este último decreto fué rechazado entonces por los habitantes del Schleswig y del Holstein; pero hoy, según la interpretacion de los alemanes, constituye ley inmutable de ambos ducados.

Mas tarde, en 1665, se publicó la *Lex regia* de Dinamarca, en virtud de la cual podian suceder á la corona tanto los varones como las hembras, y de aquí nuevas dudas y dificultades que, si entonces no produjeron males de importancia, podian suscitarlos mas adelante.

Pero fégase en cuenta que desde el siglo XVI, la familia real se habia dividido en dos ramas, á saber: la de Dinamarca y la de los duques de Holstein Gottorp, habiéndose casado uno de estos con la hija de Pedro el Grande, y pasando sus derechos á Rusia. La muerte de Pedro III impidió que un ejército ruso arrancase á los dinamarqueses la parte del Schleswig, perteneciente á los Gottorp. Otras familias se han segregado despues del tronco, y las que hoy sobreviven son los Schleswig Holstein Sonderburgo Augustenburgo, y los Schleswig Holstein



Sonderburgo Glucksburgo. El heredero de la rama primogénita de estas casas era el duque de Holstein Augustenburgo, padre del nuevo pretendiente, que tanto se agita ahora en Alemania. El príncipe Cristian pertenece a la rama segundogénita, y hoy es rey de Dinamarca y del ducado de Schleswig y de Holstein, con arreglo a los tratados de Londres de 1852, como hemos dicho ya.

Los alemanes pretenden que el tratado no da al rey de Dinamarca actual ningún derecho sobre los dos ducados, y sostienen que no estando interrumpida la sucesión del Holstein, debe pasar al duque de Augustenburgo. Esta sucesión no puede modificarse sin el consentimiento de la confederación alemana y de los Estados del Holstein. Ahora bien, los alemanes dicen que no se han acordado al tratado de 1852 las sanciones necesarias para este orden de sucesión; ni el Holstein ni la dieta federal han consentido, y la Prusia y el Austria que han firmado el tratado, lo han hecho condicionalmente y sin ratificarle. Bajo este concepto, según los patriotas alemanes, el tratado es nulo para el Holstein, y el príncipe hereditario de Augustenburgo es hoy duque de Holstein, pues la renuncia de su padre no podía perjudicar sus derechos.

Tal es el estado actual de esta cuestión que con fundamento inspira hoy serias zozobras en Europa.

R. S.

### El collar de la reina.

(Continuación.)

¿Y para qué se necesitan pruebas? La intrigante confiesa su crimen.

¿Cuál ha debido ser el efecto producido en el cardenal por la escena de los jardines? No es confianza, ni credulidad, dice Target, es ceguera; es una sumisión profunda, respetuosa, reconocida a las órdenes que le llegaran por madama de la Motte; esta se apresura a aprovecharla. En agosto de 1784 pide un socorro de 60,000 libras para unos desgraciados por quienes se interesa la reina. En noviembre pide 100,000 libras con el mismo fin; y desde entonces, esta mujer sin recursos, que acaba de perder su pensión y la de su hermano por 9,000 libras, encarga al platero Regnier una vajilla de plata y brazaletes de diamantes, por un valor de 15,483 libras.

Sin embargo, oculta estos gastos al cardenal; evita sus miradas y le ve poco, sobre todo en su casa. En tres años no le ha recibido más de cuatro ó cinco veces, y siempre en un cuarto alto, donde tenía cuidado de que apareciera la desnudez de la indigencia. Pero entre tanto M. de la Motte compra un carruaje, caballos, toma tres nuevos criados en Bar del Aube, y adquiere allí una casa de 18 á 20,000 libras. En el mes de noviembre se ven muchos billetes de caja en manos de madama de la Motte. En diciembre presta sumas considerables á tres personas, y toma una carroza al mes.

Esta súbita revolución en el destino de madama de la Motte es la consecuencia de la engañosa aparición de los jardines de Versalles.

El buen éxito de este primer fraude inspira otro de mayor importancia.

La infalible autoridad de las cartas imaginarias la hace concebir el designio de apropiarse el famoso collar.

« Nada tan extraordinario se ha visto nunca en los anales de la intriga; pero tampoco se había hecho nada tan fácil desde que el fraude se ocupa en armar lazos: tan profundamente arraigado estaba el error en el cardenal. »

En diciembre de 1784 concibe madama de la Motte su proyecto y prepara su ejecución. M. de Rohan se hallaba entonces en Saverna, de donde no volvió hasta el 5 de enero de 1785. Madama de la Motte ha querido hacer creer que en noviembre y diciembre de 1784 el cardenal estaba en París, donde la había hecho presentes por su propia mano; esto es falso, y se halla probado lo contrario por actos auténticos. También ha supuesto que Cagliostro se hallaba oculto en una fonda de París durante el mes de diciembre; pero un acto de notoriedad prueba que habitó en Lyon hasta el 27 de enero.

En diciembre pues, Boehmer y Bossange entran en relaciones con una dama que les presentan como en muy favor cerca de la reina. Esta dama es madama de la Motte. La enseñan el collar; ella parece vacilar en mezclarse en las negociaciones, pero al fin deja traslucir algunas esperanzas. La ofrecen un regalo, y al cabo de tres semanas de incertidumbre, madama de la Motte anuncia que la reina desea el collar, y que un alto personaje estará encargado de seguir esta negociación por Su Majestad. Aconseja á los joyeros que tomen sus precauciones. El trato se cierra. Se extraña que la reina no lleve el collar, y ella responde que S. M. no se le pondrá hasta que le haya pagado. Por último, enseña cartas supuestas de la reina en papel de viñeta con este sobre: *A mi prima la condesa.*

Todo esto está probado en las declaraciones.

Ahora bien, madama de Valois arregla de otra manera el relato. Según ella, los joyeros por sí mismos y sin el menor asomo de esperanza, presentaron á una mujer desprovista de recursos un collar de 1.600,000 libras. Madama de la Motte y su marido apenas miraron el collar, dijeron con indiferencia dos palabras acerca del asunto al cardenal, y este pidió las señas de los joyeros,

que ella envió á buscar, y cuando las supo pasó á su casa. ¿Para qué? Esto es lo que no explica.

« Ha conocido que la era imposible suprimir todas las señas de su correspondencia con Boehmer y Bossange, y ha buscado un término medio entre la verdad y la mentira. »

Así pues, en la ausencia del cardenal, una mujer que ni siquiera tiene acceso cerca de la reina, pretende hacer comprar este collar para la reina, por un hombre que no tiene el honor de tratar á la reina. La intención del fraude está evidente desde la primera entrevista con los joyeros. Un alto personaje debe estar encargado por la reina de negociar la compra, y este alto personaje es M. de Rohan, que no habla á la reina. Madama de la Motte lo allana todo. La observan la desgracia de M. de Rohan, y dice que esta desgracia ha cesado. Sobre ella descansa todo: ella es el eje de la negociación, ella quien anuncia y presenta al negociador, ella quien recibe las gracias por el buen resultado. El collar es vendido al cardenal, y solo por madama de la Motte saben los joyeros que el comprador es la reina.

Habiendo regresado de Saverna el cardenal, madama de la Motte le repite la misma fabula que ha contado á los joyeros, y le enseña cartas; el cardenal cree sin titubear, y no ve en esto más que una preciosa ocasión de señalar su respeto y su celo. Va á casa de los joyeros, le muestran el collar, no oculta su intención de entrar en trató, no para él, sino para una persona que no nombra, pero que quizá podrá nombrar más tarde; y en una segunda entrevista les da á conocer las condiciones de adquisición, sin nombrar á nadie.

Cuando madama de la Motte le entrega la aprobación de la reina con la firma: *María Antonieta de Francia*, ¿se debe extrañar que esta firma no despertara sus sospechas? No obstante, si hubiese encargado él la falsificación, lo habría hecho con mas talento. No ha tenido ninguna sospecha, porque está convencido de las relaciones de madama de la Motte con la reina, porque vive en una completa ceguera.

« La confianza no abriga recelos. ¿Se examina lo que viene de una mano segura? »

En el billete del 1º de febrero por medio del cual advierte á los joyeros que está cerrado el trato, no hay una palabra de la reina. Recibe el collar sin que el nombre reverenciado haya salido una sola vez de su boca.

Poseedor de los diamantes, ¿qué va á hacer? Si es todo lo que deseaba, puede estar satisfecho. Los joyeros no tienen en sus manos ninguna prueba, ningún indicio de que hayan creído vender el collar para la reina. Si exigen un recibo y él le da, todo está concluido. Pero cuando posee el collar es cuando habla por primera vez de la reina. Este rasgo es característico. « Principia á hablar en el momento en que un culpable principiaría á callar. » Enseña el escrito de aceptación; ellos le devuelven, y les invita á sacar una copia que ellos no piden.

El cardenal, porque estaba de buena fe, había concebido la idea de pedir delegaciones á la reina. Madama de la Motte que se encontró aquí con una operación que debía ser hecha sobre la marcha, y cuya falta de ejecución habría descubierto muy pronto el artificio, conoció que era preciso fingir que la reina se negaba.

« — Yo no trato así con mi joyero, » hace decir á la reina.

Y por el contrario, cuando los joyeros piden que les paguen los intereses desde el día del primer vencimiento, madama de la Motte, que se halla con un plazo de seis semanas, hace consentir á la reina.

Obsérvese que en aquel momento los joyeros no tienen aun para probar que han vendido á la reina más que una copia de su mano; copia que no es título, y que anulará la mas sencilla denegación. Entonces M. de Rohan escribe á los joyeros: « La reina me ha dado á conocer... »

Vamos mas lejos; esa supuesta aprobación, de la que solo existe una copia no auténtica, puede desaparecer á manos del cardenal una vez que se halle convencido de su falsedad. Pero no es así; el cardenal guarda religiosamente ese culpable escrito; le conserva con todo el respeto que se debería á un papel emanado de la reina. Mas tarde le vuelve á presentar á los señores Boehmer y Bossange, y al acreedor de los joyeros, M. de Saint-James.

No es todo aun: reflexiona sobre los azares de las cosas, y envuelve el escrito en un papel blanco, con este letrero de su puño: « En caso de muerte, este documento debe ser entregado á los señores Boehmer y Bossange. » Por el cardenal se ha tenido este papel, que clama en favor de aquel á quien se debe. Considerado en sí, es un cuerpo de delito que señala un culpable; en manos del cardenal es una prueba de su inocencia.

Preciso es sin embargo llegar al último acto de este encargo cumplido con tanta fidelidad. El cardenal va á Versalles á llevar el collar, y le entrega sobre un nuevo billete de la reina, presentado por un hombre que el cardenal cree reconocer por un hombre agregado al cuarto y á la música de la reina, y que había visto ya en los jardines de Versalles el 11 de abril de 1784.

La impostura y el robo están consumados. En lo que falta de los hechos seguiremos viendo por una parte los caracteres de la buena fe, y por la otra la falsedad que se acusa á sí misma.

Seguro de que el collar ha sido entregado á la reina, el cardenal procura saber si no ha habido algún cambio en los aderezos que usa S. M. El día siguiente encuentra en Versalles á Bossange, Boehmer y su mujer. « ¡Terrible aparición si es culpable! Pero en vez de temblar los pregunta con anhelo: « ¿Habeis dado hu-

mildes gracias á la reina? » Que se trate de hacer hablar á la buena fe, y será imposible prestarla un lenguaje mas verídico y mas sencillo. No han dado las gracias, y él los apremia para que lo hagan mas de una vez.

Los joyeros atestiguan este hecho tan notable, un tal Sespand lo declara, hasta madama de la Motte lo confiesa, y confundida intenta salvarse con una puerilidad; se atreve á decir que « es una extravagancia producida por los hechizos de Cagliostro. »

En mayo el cardenal sale para Saverna, y no vuelve hasta mediados de junio. Madama de la Motte le visita en Saverna, y le anuncia que ha obtenido para él una audiencia de la reina. Doscientas veinte leguas hechas de intento con solo el fin de llevar esta feliz noticia, nada más propio para afianzar al cardenal en su confianza; en el momento de la ejecución no faltaron pretextos para aplazar la audiencia; el cardenal se aflige, pero no sospecha.

Sin embargo, extraña que la reina no se ponga el collar.

Entonces madama de la Motte hace decir á la reina que el precio es excesivo y que se debe procurar una reducción. La reducción queda aceptada; y hé aquí otra carta de la reina, que satisfecha con la disminución, entregará 700,000 libras en vez de 400,000 al primer vencimiento. El cardenal informa á los joyeros exhortándoles nuevamente á que den las gracias á la reina por escrito: « Es preciso que escribais y que lleveis en persona vuestra carta á la reina. » Escriben, y el cardenal corrige su carta. ¿Dónde se puede ballar mas candor?

Opongamos á estas pruebas de una rectitud incontestable, la conducta de madama de la Motte. Desde que se halla en posesión del collar sus profusiones aumentan. De febrero á julio Regnier la entrega objetos por un valor de 12,650 libras, que ella paga en diamantes, vendiéndole además cuatro partidas de ellos por una suma de 27,540 libras; despues le confía por 40 á 50,000 libras y el platero los monta para ella. En junio le entrega otros de un valor de 16,000 libras, y esta vez declara que está encargado de venderlos. En marzo otro joyero, Paris, la compra por 36,000 libras de diamantes. A principios de abril M. de la Motte marcha á Londres, se muestra allí cargado de diamantes, dice á uno que provienen de la sucesión de su madre, á otro que son regalos con que la reina ha honrado á su mujer, á otro en fin, que representan muestras de gratitud que han sido prodigadas á su esposa por aquellos á quienes ha servido.

Vende tantos diamantes, que hace bajar el valor de los diamantes en Inglaterra. Se extrañan de la pérdida que consiente en sufrir, y esto inspira recelos. Vende por mas de 240,000 libras, deja por 60,000 libras para montar, y trae montados por 60,000 libras.

El banquero inglés Perregaux le da una letra de cambio de 122,000 libras. Madama de la Motte pretende que Perregaux es el banquero del cardenal, y resulta que jamás el cardenal ha estado en relaciones con Perregaux.

¿Qué ha venido á ser de todo ese dinero? M. de la Motte ha empleado una parte de él en profusiones de toda clase; medallones de diamantes, broches de perlas, relojes, espadas, pendientes. Y madama de la Motte, que en un principio había disimulado el viaje de su marido, anuncia muy luego que ha tenido ganancias considerables en las apuestas de las carreras de caballos.

M. de la Motte llega á principios de junio, y en posesión de su mujer se ven diamantes, perlas y joyas. Paga en diamantes á Foret el precio de sus caballos, de sus libras y de sus relojes de sobremesa. La masa de riquezas que calculan entonces en poder de los dos esposos no llega á menos de 600 á 700,000 libras.

Ahora bien, si se reconoce que estos diamantes vendidos ó vistos en Inglaterra proceden del famoso collar, ¿qué faltará á la prueba? Madama de la Motte supone que los diamantes dejados en Inglaterra debían volver á manos de M. de Rohan, y sucede que en su fuga de Inglaterra despues del arresto de madama de la Motte, M. de la Motte los recoge.

¿Cómo explica madama de la Motte sus profusiones, sus riquezas?

Responde que en el año 1785 el cardenal la ha regalado algunos diamantes, de los cuales una parte asienta á 15,000 libras, y otra parte la ha valido 13,000 libras. ¡Es decir, que con 28,000 libras quiere explicar los gastos de 500 á 600,000 libras que ha hecho de repente estando en la pobreza!

En cuanto á los diamantes que supone la ha entregado el cardenal, y cuyo valor le habría devuelto, pretende haberlos vendido mano á mano, sin recibo, sin señal alguna. Añade que no se aprovechó de los productos de estas ventas; ¿de dónde la vinieron pues las sumas enormes de que han dispuesto ella y su marido? « Lo han devuelto todo, » dice, y lo poseen todo.

Entrando despues en el examen de los hechos que componen la defensa de madama de la Motte, la Memoria descubre á cada paso las pruebas de la impostura.

Segun esta defensa, el cardenal enseñó á madama de la Motte en marzo de 1785 una caja que contenía diamantes sueltos.

El cardenal declara por el contrario, que jamás ha tenido en su posesión un solo diamante sin montar.

Dice que la propuso su venta, y que ella se habría negado á aceptar semejante encargo. El cardenal sin embargo, la habría enviado la caja con estas palabras:

« Deshaceos de eso cuanto antes. »

Billete bien extraño despues de aquella negativa. Pero ¿en dónde está ese billete? Solo nada probaria, y no



obstante, no se enseña. A esto replica madama de la Motte que enseñó los diamantes. ¿A quién? ¿A un hombre que corta callos! Este artesano habria presentado un judío llamado Bert Ibrahim, y como este judío no la inspirase ninguna confianza, madama de la Motte habria devuelto la caja al cardenal, que aunque poco satisfecho con la torpeza de su mediadora, habria sacado de la caja veinte y dos diamantes gruesos y diez y seis mas gruesos aun, obstinándose en dárselos para que los vendiera, contra su voluntad. Por fin, ella los confió a un abogado de Bar del Aube, quien los habria vendido por 26,000 libras al joyero de Paris, y cuando entregó esta cantidad al cardenal habria recibido de regalo los diamantes menudos que quedaban en la caja.

Este regalo de unas 15,000 libras, el primero segun ella dice que habria recibido, fué empleado en pagar un resto de cuenta de 9,000 libras debida por un encargo anterior hecho a Regnier. Luego habria hecho a Regnier nuevos encargos. Asi pues, es el primer regalo que recibe, y ya ha hecho a Regnier compras tan considerables, que queda debiendo 9,000 libras. Y hace nuevos encargos. ¿Con qué esperanzas? ¿Con las escasas liberalidades que confiesa haber recibido del cardenal? ¿Cuán absurdo es todo esto!

Pero Regnier declara que del 5 de mayo al mes de julio, ha entregado objetos por 12,850 libras; que del 10 de marzo al 28 de abril, ha comprado no por 15,000, sino por 27,540 libras de diamantes, y que ha montado otros diamantes para madama de la Motte.

Madama de la Motte se ha olvidado aquí de varias mentiras que habrian sido muy útiles para dar color a su fabula.

De todas las imposturas de madama de la Motte, la mas grave es precisamente la mas absurda. El cardenal la habria dado diamantes para venderlos en Inglaterra en presencia de Cagliostro, y despues de una escena mágica que ella exorna con todos los sueños de una imaginación delirante. Se presenta ella misma, como entregada a la mas vil superstición, y obedeciendo sin saber por qué a las mas ridiculas supercherías. Todos sus asertos sobre esta nueva impostura han sido desmentidos por los hechos. El cardenal no ha estado jamás en relacion directa ni indirecta con los joyeros ó los banqueros de Londres. M. de la Motte se ha presentado por todas partes como el único poseedor de esas riquezas; en fin, como los diamantes traídos de Londres han sido vistos en manos de madama de la Motte, ha tenido que inventar otra mentira diciendo que esos diamantes la habian sido dados por el cardenal. ¡Sesenta mil libras en diamantes, dadas por un hombre que nos representan en apuros de dinero! ¡Un don de esta importancia revelado solo cuando las cosas han llegado a la última extremidad! ¡Y el cardenal hace este regalo en Paris el 29 de mayo, cuando en esa fecha se halla en Saverna! Todo esto es bien extraordinario.

Un solo testimonio ha parecido apoyar un instante esta fabula, y es el de la señorita de la Tour, a quien hicieron representar un papel en la escena en cuestion. En el careo esta persona ha retractado todas sus declaraciones, y ha confesado que no habló sino siguiendo las inspiraciones de su tia.

Otro instrumento del fraude, Retaux de Villette, ha desenmascarado la intriga. Ha confesado que estaba presente en la escena de Oliva; la letra de este hombre confrontada con el cuerpo del delito ha mostrado entre los caracteres una perfecta semejanza, y ha concluido por confesar que él era el autor de todas las falsificaciones. Nunca ha conocido al cardenal, y no ha hecho mas que ejecutar las órdenes de madama de la Motte.

Por consiguiente, ya no hay proceso. Y si Retaux de Villette se atreve a decir que el cardenal ha participado de los productos del crimen, ¿hay necesidad de demostrar que este no ha podido ser a la vez engañador y engañado? Capaz de cometer un crimen, ¿no habria preferido el cardenal sacar 800,000 libras de los diamantes desmontados de un collar que era preciso pagar el doble, a dar 400,000 por un servicio que no necesitaba? La escena de los jardines, las cartas supuestas, las falsas aprobaciones, todo esto no era necesario sino para hacer caer en un lazo al cardenal.

El autor del abuso del nombre de la reina está conocido ahora. El cardenal ha debido defenderse. ¿y de qué crimen? ¿Nos atreveremos a decirlo?... De una falsificación, de una estafa... A estas palabras la pluma se cae de las manos y el corazón se indigna. »

Aquí insistiendo otra vez sobre la credulidad de M. de Rohan, Target trata de explicarla como moralista:

« Poneos en su lugar. Está ciego y no duda. Despues de lo que ha hecho, arrastrado por su confianza, la sombra de una duda seria a sus ojos la mayor de las desgracias. Ved cómo su destino en la inocencia, se encuentra enlazado con el de madama de la Motte en el crimen. Ved con qué cadenas la fatalidad liga su interés al de una culpable; cuán afflictivos y peligrosos de tomar serian todos los partidos: con qué terror debe rechazar todas las sospechas. Una inclinación natural nos induce a todos a alargar el momento de una certeza terrible; juzgad pues qué energia ha debido prestar este sentimiento a todo lo que podia confirmar su error, y cómo ha debido debilitar a sus ojos las circunstancias que podian combatirlo. Tal es el hombre; esa es su naturaleza, y no es un crimen. »

Pero no ha habido aquí una sola intriga; se habia dispuesto contra el cardenal un ataque mas tenebroso aun.

Al llegar a este punto la Memoria toca al episodio de Bette de Etienville, espantoso conjunto de absurdos y de locuras. Ademas, ¿no ha confesado en su última

Memoria el mismo Etienville, que se habia engañado ó que le habian engañado?

Y hé ahí los testigos que se oponen.

« El único delito cuyo conocimiento está encomendado al tribunal, se halla pues de todo punto aclarado. La inocencia del cardenal resalta en el momento de la negociación. Ha creído tratar por la reina; para la reina ha entregado el collar, y ha estado persuadido de que este collar habia pasado a manos de la reina. Desde ese instante todo el crimen entero y verdadero se fija en la cabeza de los autores del fraude; engañadores, no pueden venir a ser inocentes; engañado el cardenal de Rohan, no puede ser culpable; los estados respectivos no pueden cambiar; los destinos son irrevocables, y el proceso está juzgado.

» No hay duda que en los últimos tiempos los rayos que penetraban en esa noche de intrigas le mostraban un principio de horrible claridad, y todo lo que confirmaba su ceguera tomaba por el contrario a sus ojos el precioso carácter de la verdad. Despues de la carta que habia hecho escribir a los joyeros el 12 de julio y que demuestra en él tanta sencillez y candor, la catástrofe al acercarse le enviaba como señales precursoras que turbaban su sosiego. Que entonces sintiera la necesidad de afianzarse mas en su error; que huyera por instinto los destellos que al aclarar el fraude le habrian hecho entrever un abismo de dolores para él; que todos los hechos que podian robustecer y justificar su confianza le hayan sumergido mas y mas en una ilusión necesaria para su reposo; que por un impulso irreflexivo, invencible, haya trabajado en desvanecer las dudas que le asaltaban, todo esto es la historia del corazón humano, el efecto de un largo error cuando la verdad es terrible, y esas agitaciones dolorosas en un alma recta y pura, lejos de quebrantar las pruebas adquiridas de su inocencia, son quizá el carácter mas interesante de ella.

» Recorramos los hechos de los últimos tiempos; que una doncella de la reina, por ejemplo, pase por haber dicho que S. M. no sabe lo que significa la carta del 12 de julio, y ya tenemos agitado al cardenal; pero no ha sido él quien ha oído a S. M. hablar así, y duda; quizá la doncella está mal informada, y se abandona a esta idea tranquilizadora; quizá razones que no comprenden, imponen el secreto, y él le recomienda a los joyeros; tan convencido se halla de que la reina posee el collar, que no duda se efectúe el pago el 1º de agosto, como lo habia anunciado madama de la Motte.

» Si la turbación momentánea que aquella noticia habia excitado en él le inclina a proporcionarse letra de la reina; si le chocha la diferencia entre esta letra y la de las falsas aprobaciones, poco despues ve a madama de la Motte y la encuentra tranquila y confiada. Madama de la Motte jura lo que él deseaba y tenia necesidad de creer; que las órdenes han sido dadas por la reina, y que el collar está en manos de la reina. Si no obstante, duda aun, esta mujer, siempre pobre a sus ojos, siempre alimentada con sus dádivas, hasta en 1785, le entregará mañana 30,000 libras de parte de la reina, para el pago de los créditos, y en efecto, le lleva esta suma, de donde saca en conclusion que se engañaron sus ojos al comparar las letras. Su alma, que no anhelaba otra cosa que tranquilizarse, que solo buscaba la paz, que tan facilmente admitia las pruebas, encuentra que esta es decisiva. Descansa de las fatigas que le causaba la sospecha, y héle ahí firme otra vez en su primer error, y las 30,000 libras son pagadas a los joyeros en nombre de la reina.

» Hombres frios que pesais en la balanza de un fallo meditado, que calculais metódicamente los errores y las flaquezas, no, nunca sereis vosotros justos apreciadores. Tratad de sentir el vivo interés del señor cardenal para ahuyentar de sí todas las dudas, el horror del tormento que sufría cuando alarmaban su confianza, y concebireis entonces el tono afirmativo que debió tomar para asegurar que no habia sido engañado. En la dama de la Motte observa una afectación que le infunde la sospecha de alguna intriga, y se lo dice a Cagliostro. Este cree se halla instruido de un fraude cometido contra él en el asunto del collar, y le aconseja que denuncie al culpable. El cardenal, persuadido aun de que madama de la Motte se halla inocente, lejos de prestarse a esta idea, se resiste a un consejo que podría herir a la justicia, consejo que el cardenal apenas habria tenido fuerza para seguir cuando hubiese estado bien persuadido del crimen. En este caso, el partido que habria tomado habria sido sin duda el de echar tierra al asunto pagando, en vez de dar el escándalo consiguiente a una denuncia.

» Bossange advertido sin que lo supiera el cardenal, por madama de la Motte, se llega a decirle el 4 de agosto:

« — ¿No nos engaña a los dos vuestra mediadora?

» De aquí se puede sacar en conclusion, que los joyeros sabian muy bien que el cardenal no trataba sino por conducto de una tercera persona; en efecto, habian negociado con ella antes de hablarle a él, y M. de Rohan les dijo en julio que su carta no llegaria sino por manos de un tercero, y este lenguaje no les habia sorprendido.

» Lo sabian pues; pero a esta palabra de Bossange, el cardenal sin admitir duda alguna se siente acometido de una horrible idea que aleja con todas las fuerzas que le prestaba su error; se recoge, reúne en su espíritu todo lo que puede asegurar su confianza; afirma que la reina tiene el collar, que está tan seguro como si hubiese tratado directamente con ella. Bossange pretende a la verdad, que el cardenal ha ido mas adelante; que

ha dicho, que ha afirmado que habia tratado directamente; que ha recomendado el secreto, que ha amenazado negar si Bossange hablaba, hecho bien extraordinario que no se encuentra ni en las Memorias de los joyeros, ni en sus conversaciones, ni en su declaración ministerial, ni en su declaración judicial; hecho contrario a la verdad, negado por el cardenal, y que solo Bossange asegura.

» Pero ¡cómo! Si fuese cierto que para disipar las dudas inquietantes del joyero y para tranquilizarse a sí mismo, el cardenal de Rohan sumergido todavia en las mismas ilusiones se hubiese dicho: Madama de la Motte no solo me ha hablado de las órdenes de la reina, sino que me ha enseñado cartas; estas cartas estaban destinadas a instruirme de las voluntades cuya ejecución se me confiaba; sin venir a mi dirección estaban escritas para mí; ¿no he oído yo mismo en los jardines, por la mediación de madama de la Motte, una palabra que adquiere a mis ojos la garantía personal y directa de todas las órdenes transmitidas por la misma vía? Si estas reflexiones secundadas por todo el deseo que debia tener entonces el cardenal de hallarlas decisivas, habian hecho una profunda impresión en su alma agitada; si habian arrastrado su convicción, y si la palabra que Bossange dice haber oído se habia escapado en aquel momento de tumulto, ¿no resultaria evidente la buena fe del cardenal?

» En cuanto a Saint-James, que pretende que el cardenal le ha dicho que *habia visto* en manos de la reina setecientas mil libras, de cuya suma no se habia querido encargar para el pago de los joyeros, el error es tan craso, que es imposible produzca la menor impresión.

» El cardenal ha debido decir a Saint-James que *habia visto escrito de manos de la reina que tenia setecientas mil libras.* »

### XIII.

Hemos dado una idea de la defensa del cardenal de Rohan por Target, y creemos inútil continuar la reproducción de esta Memoria terrible para madama de la Motte.

Al cabo de nueve meses la causa del collar llegó a punto de decidirse. En la noche del 29 al 30 de mayo de 1786, los presos de la Bastilla fueron trasladados a la Conserjería por un alguacil del Parlamento.

El cardenal fué depositado en el gabinete del escribano principal, bajo la guarda del teniente del rey de la Bastilla.

Los interrogatorios duraron desde las seis de la mañana hasta las cuatro y media de la tarde.

Madama de la Motte, dicen los periódicos de la época, estaba muy engalanada, como lo estuvo siempre en la cárcel. Tambien este punto ha sido enérgicamente negado por ella en sus Memorias.

Cuando el alguacil la mostró el innoble banquillo diciéndola: — ¡Sentaos ahí! ella retrocedió espantada; mas una vez que se colocó en el asiento de malagüero, recuperó su sangre fria ordinaria, y segun dice un contemporáneo, se arregló tan a su gusto que parecia hallarse en su aposento sentada en un sillón de los mas cómodos.

Esta seguridad de sí misma parece que llegó hasta la impudencia.

Así pues, a una pregunta de un consejero, el abate Sabathier, exclamó:

— ¡Vaya una pregunta maliciosa! Esperaba que me la hariais, y voy a responder a ella.

Y la comedianta cambió de tono diez veces, probando las lágrimas despues de la audacia, y amontonando las contradicciones y las reticencias.

Una vez que hubo salido madama de la Motte, el presidente ordenó que quitaran el banquillo, y mandó a decir al cardenal « que habiéndose sacado el banquillo de la sala, podia presentarse ante el tribunal. »

El cardenal entró con una vestidura larga de color violeta, el color de luto de los cardenales; gorro encarnado, medias encarnadas, y sus órdenes al cuello.

El príncipe no tenia nada de la firmeza que habia desplegado madama de la Motte.

A pesar de las seguridades que no habian cesado de darle estaba muy pálido. Los mas furiosos enemigos de la reina atribuian esta palidez a una tentativa de envenenamiento de que se habria salvado por milagro.

— El señor cardenal no se encuentra bien, exclamaron algunos magistrados; podría sentarse.

Y contestó el señor presidente Aligri:

— El señor cardenal es dueño de sentarse si gusta.

El príncipe aprovechando el permiso se sentó en la punta de un banco.

Sosegándose poco a poco, respondió bien primero, luego mejor, y por último habló con calor renovando sus protestas sobre su inocencia, y contra todos los procedimientos en que le habian implicado.

Concluido su discurso saludó a los jueces, y todos le devolvieron su saludo.

Llamaron a Oliva, y el alguacil se presentó a decir, que previendo que iba a estar separada de su hijo durante algunas horas, se ocupaba en darle de mamar, y suplicaba al tribunal la concediese un momento de tregua.

El tribunal esperó.

Cagliostro solo divirtió a la sala. Apareció vestido con una casaca verde bordada de oro; sus largos cabellos trenzados desde lo alto de la cabeza, caian en colitas sobre los hombros. Tenia verdaderamente toda la traza de un charlatan.



Sus primeras palabras anunciaron su énfasis grotesco:

— ¿Quién sois, y de dónde venís? le preguntó el magistrado.

— Noble viajero, respondió Cagliostro.

A estas palabras todos los semblantes perdieron la seriedad, y Cagliostro lleno de júbilo porque había producido efecto, emprendió una larga arenga, cómicamente entremezclada de griego, italiano, árabe y latín, con un poco de francés, y acompañado todo de una pantomima frenética á la italiana.

Al otro día 31 de mayo, el tribunal debía pronunciar su sentencia.

Ya se conocían y se comentaban con pasión las conclusiones del procurador general, reducidas á lo siguiente en cuanto á M. de Rohan: que el cardenal declarase á los jueces que había obrado temerariamente, y que por ello pedia perdón al rey y á la reina en presencia de la justicia; que hiciese dimisión del cargo de limosnero, y que no se acercase á ningún lugar en donde estuviera la familia real; por último, que fuese condenado á una multa cuya cantidad determinarían los jueces, y á permanecer en la cárcel hasta que se ejecutara la sentencia.

Estas conclusiones excitaron una indignación general, y el 31 de mayo de 1786, dice Luis Blanc, los miembros de la casa de Rohan y los de la casa de Lorraine se apostaron, desde las cuatro de la mañana, por donde debían pasar los magistrados. Todos hombres y mujeres vestían de luto;

y cuando pasó el Parlamento, se contentaron con suplicarle con su aspecto sombrío y su silencio.

Los jueces se reunieron á las cinco y tres cuartos de la mañana; eran sesenta y dos, que muy luego se redujeron á cuarenta y nueve, cuando los consejeros se retiraron, según la usanza en materia de penas afflictivas.

La deliberación duró todo el día, sin otra interrupción que la de la comida, que se sirvió de dos á tres en la sala de San Luis.

Entre tanto diez mil curiosos esperaban con paciencia en el salon de Pasos Perdidos, en las escaleras y en los patios del Palacio. Muchas mujeres llevaban cintas encarnada y paja, invención reciente de la moda, que quería decir que habían dejado al cardenal en la última miseria.

Por fin, á las nueve de la noche se pronunció la sentencia siguiente:

« Marco Antonio Nicolás de la Motte queda condenado á ser azotado desnudo, y marcado con un hierro encendido en el hombro derecho por el ejecutor de la alta justicia; y hecho esto, será conducido á los presidios del rey, donde sufrirá la pena de la cadena perpétua.

» Juana de Valois de Saint-Remy de Luz, mujer de Marco Antonio Nicolás de la Motte, será azotada desnuda con la cuerda al cuello, y marcada con un hierro encendido en los dos hombros por el ejecutor de la justicia; y hecho esto, será llevada á la casa de fuerza del hospital de la Salpetriere, donde quedará encerrada toda su vida. (Se concluirá.)



Antonio Aurelio I, rey del Arauco.



Martin Borelowski (coronel Lelewel).



Gaetan Stawiarski, muerto en el combate de Kobylanka.



Luis Zychlinski.

**Sucesos de Polonia.**

La guerra de Polonia continúa llamando la atención acerca de los hombres heroicos que la sostienen. Hé aquí los retratos de varios de ellos, sobre los cuales vamos á trazar á continuación algunos apuntes biográficos:

El coronel Lelewel (Martin Borelowski) era comandante en jefe de las fuerzas militares del palatinado de Podlachia. Lelewel hizo grandes servicios á su país, trabajó en organizar la revolución, fué uno de los primeros en tomar el mando de un destacamento en cuanto estalló la guerra nacional, dió numerosos combates á los rusos, y murió heroicamente en la batalla de Baorze.

Luis Zychlinski principió por ser capitán en el ejército sardo, y luego pasó á capitán de estado mayor en el ejército confederado de América. Zychlinski acudió de América al principio de la insurrección, y tomó el mando de un destacamento en el palatinado de Mazowic. A pesar de la difícil posición en que se encuentra, hallándose á pocas leguas de la capital, se ha batido muchas veces con los rusos, y siempre con buen éxito.

Entre los valerosos jóvenes que sucumbieron el 6 de mayo último en el sangriento y victorioso combate de Kobylanka, en el palatinado de Lublin, se cuenta Gaetan Stawiarski, hijo primogénito de un propietario de Lubieiew, en el palatinado de Plock en Polonia. Stawiarski hizo sus primeros estudios en el Gimnasio de Varsovia, y no que-



El coronel Ganier de Abin.

riendo ingresar en las filas moscovitas, dejó el año último la Polonia, y guiado por su tío el mayor Francisco Stawiarski, entró primeramente en la escuela militar de Cuneo, y luego en la escuela superior polaca de Paris. A la primera noticia de la insurrección, corrió al llamamiento de la patria. Preso por los prusianos en la frontera de Polonia, y detenido durante dos meses en la fortaleza de Bródnicza, encontró en su patriotismo el modo de recobrar su libertad. Llegó pues á Cracovia, se reunió con el cuerpo del valiente Jezioranski, y se distinguió en tres combates por un arrojo á toda prueba, y en el último, herido por dos balazos en el pecho, murió gloriosamente, cuando apenas había cumplido los veinte años. Su carácter firme y afable le había conciliado la estimación y la simpatía de todos sus compañeros de armas.

Finalmente, hé aquí el retrato del coronel Ganier de Abin, uno de los franceses que han volado en auxilio de la desgraciada Polonia.

El coronel Ganier de Abin llegó á Polonia el 11 de febrero de este año, y entrando inmediatamente en campaña, formó un campamento que gracias á su actividad contó en algunas semanas el efectivo de 1,800 hombres. El general Tatchauvski se reunió con él en Pizdry el 20 de abril, y entrambos dieron un combate á los rusos, en el que Ganier de Abin, que habia entrado como capitán, supo resistir al enemigo durante ocho horas. A la cabeza de 120 segadores, batió sucesivamente á los moscovitas en Loudek, Zagourow, Richwal, Kolo, Tuliskow y Bigniszewo. Nombrado comandante en Ig-



cuero a cuerpo. En estos casos, careciendo de caballería, no se alcanzan los beneficios de la victoria, esto es, no hay botín ni prisioneros.

Consideradas como fiesta, las dos jornadas de las Aguas Dulces han sobrepasado a todas las esperanzas bajo el feliz patronato de Su Majestad.

Nada mas bello que el aspecto de aquel campo de carreras improvisado en algunas semanas. Debemos dos palabras de elogio a la preciosa construcción destinada para S. M. el sultán.

Este kiosco de madera de encina, de un gusto tan elegante y delicado en sus formas, es digno de figurar en los albums de los artistas arquitectos. Por lo demás, todo estaba dispuesto perfectamente: las tribunas diplomáticas, las tribunas públicas, eran espaciosas y cómodas. Ninguno de los detalles de la carrera vino a faltar, gracias al celo é inteligencia del comité nombra-

las excelentes y admirables razas de la Europa oriental y del Asia, los ejercicios ecuestres propios para desarrollar esta afición laudable, los establecimientos de yeguerías, deberían estar en uso hace mucho tiempo en esas comarcas, que suministran ya por sí tan bellas muestras del noble animal elocuentemente celebrado por el gran naturalista Buffon.

No hay duda que se puede sacar un partido inmenso para el ejército, para la agricultura y aun para los particulares, cuidando un poco mejor que hasta el día la raza caballar en Oriente.

La caballería es hoy mas indispensable que nunca en las fuerzas militares de un país, por esta sencillísima razón: á medida que se crean armas perfeccionadas, piezas de artillería de largo alcance y de una precisión increíble, las batallas se empeñan en una escala mayor, y pueden sobrevenir las derrotas sin ningun combate

los que pueden lisonjearse con justo título de haber servido últimamente á la causa polaca. Figuró como muerto en los registros durante quince días. Ahorcado dos veces en effigie por los rusos, acaba de ser condenado á quince años de fortaleza por el alto tribunal criminal de Prusia, por su combate de Klebowo. El cuerpo á que pertenece puede estar orgulloso de poseer un hombre tan esforzado.

W. L.

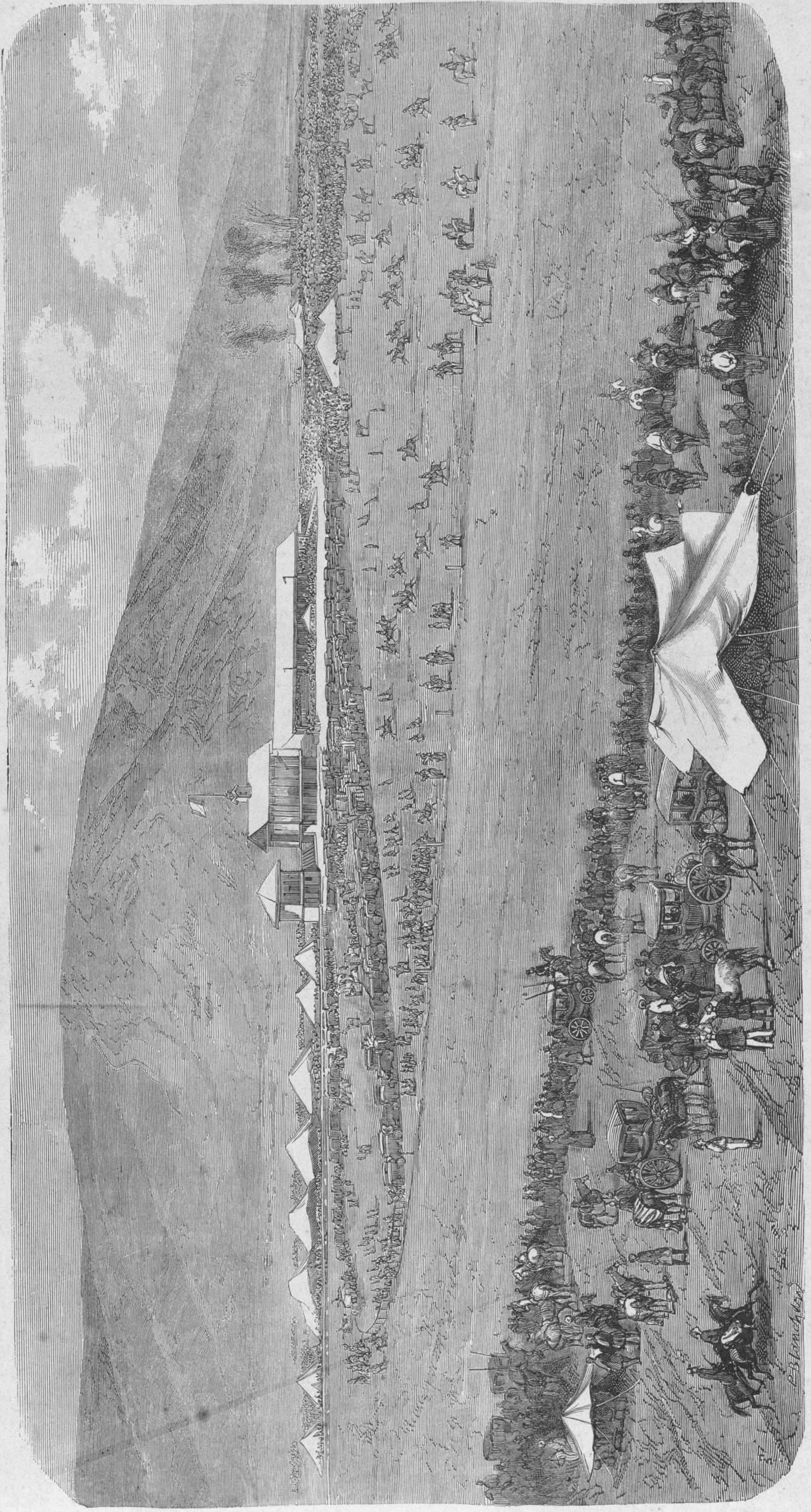
**Carreras de Kia'at Hané**

EN CONSTANTINOPLA.

Acaban de inaugurarse en Constantinopla las carreras de caballos. La cria caballar, el mantenimiento de

nacevo, resistió durante dos horas, á la cabeza de tres compañías de sus segadores, á un escuadron de husares de la guardia imperial rusa y á un batallon de cazadores de la misma guardia. Herido á la cabeza de sus compañías, fué dejado por muerto en el campo de batalla, y recogido en un pantano cinco horas despues del combate. Un mes mas tarde entraba de nuevo en Polonia á la cabeza de 250 hombres. Asaltado por 700 prusianos que le obligaron á retirarse al ducado de Posen, volvió á Paris para suscribirse á las pesquisas de la policía prusiana, pues en aquel combate la Prusia perdió unos treinta soldados. Un mes despues estaba otra vez en Varsovia, y continuaba la campaña bajo las órdenes del coronel Slupic. En Izatchowice fué herido nuevamente.

Nombrado por el gobierno nacional teniente coronel, acaba de ascender á coronel. Ganier de Abin es uno de



Carreras de Kia-at Hané en Constantinopla.



do para el caso. Las poblaciones cristianas y musulmanas que asistían por primera vez a semejante espectáculo, se hallaban alborozadas. Sería imposible decir cuánto se interesaron en el triunfo de los competidores, y este interés general se sostuvo sin decaer en los dos días, no obstante el cansancio, las distancias y el polvo.

P. P.

### Revista de Paris.

En los hermosos días de la última semana ha reinado una grande animación en la residencia imperial de Compiègne. El viernes tuvo lugar la segunda cacería oficial, en la que tomaron parte el emperador y los personajes de la corte. El punto de reunión de los cazadores era esta vez una plaza situada cerca de la cruz de Saint-Ouen, uno de los puntos más pintorescos de la selva. La caza sin embargo no fué feliz; el ciervo corrido, dotado de mucho aliento, cansó á sus perseguidores, y cuando vino á caer por fin, después de prolongadas vueltas y revueltas por el inmenso bosque, no se hallaba presente ninguno de los personajes notables de la asistencia. En la página 377 de este número damos una lámina que representa la corte imperial reunida para esta gran cacería en medio de la selva de Compiègne.

El mundo parisiense continúa entregado como nunca á las preocupaciones políticas. La reunión del congreso de soberanos en París, que nos prometía tantas y tan solemnes fiestas, parece se queda en proyecto por la negativa categórica de los ingleses. No habrá congreso pues, y por consiguiente habremos de contentarnos con las diversiones tradicionales de todos los inviernos. Por ahora, según decimos, las probabilidades de guerra ó de paz, las discusiones parlamentarias y las respuestas de los soberanos adhiriéndose ó no adhiriéndose al congreso, hé ahí los asuntos de conversación en los salones que se han abierto ya á las primeras reuniones íntimas, y que se diría se hallan transformados en círculos políticos. Desgraciadamente para nosotros, la materia en cuestión no es del dominio de esta crónica; mas sin embargo, aun en este terreno tan contrario á nuestra tarea hebdomadaria, hallamos hoy una anecdota interesante. Se trata de uno de los diputados que se sientan este año por primera vez en el Cuerpo legislativo, M. Bravay, nombrado en el departamento del Gard, hombre de una fortuna considerable, y cuyo origen han contado los diarios de París del modo siguiente:

M. Bravay nació en un pueblecillo del departamento del Gard llamado Pont-Saint-Esprit, donde su padre ejercía un comercio de escasa importancia. El joven salió de su país como simple oficial de zapatero, y ha vuelto en 1862 con una fortuna inmensa, colosal, fabulosa, que los más moderados calculan en quince millones de francos, y que otros elevan á treinta ó cuarenta millones.

¿Por qué prodigio se ha elevado semejante riqueza? Hé aquí el secreto, según las relaciones más auténticas.

M. Bravay pasó á Egipto, y principió por trabajar modestamente en casa de un zapatero del Cairo.

Una tarde un personaje desconocido acierta á entrar en una zapatería para que le gobiernen en el acto una de sus babuchas que acaba de estropearse. Esta babucha era muy elegante; estaba adornada de filigrana de oro, como acostumbra á usarlas los orientales de elevada estirpe, y el trabajo exigía mucha habilidad y delicadeza de manos.

—Paseándome por las calles se me ha roto, dijo el desconocido, y quiero que se gobierne para continuar mi paseo.

—Es cosa que tiene que hacerse con cuidado, contestó el zapatero; afortunadamente dispongo de un oficial francés muy diestro que nos sacará del apuro con lucimiento.

Llamaron al operario que era M. Bravay, y le confiaron la preciosa chinela. M. Bravay supo gobernarla con tanto acierto como presteza, y el paseante, sumamente satisfecho, le dijo al retirarse:

—Mañana le enviaré á Vd. á buscar para otras babuchas del mismo género, que quiero confiar á sus manos.

Con efecto, el día siguiente condujeron á palacio al francés, donde no tardó en ser presentado al virey en persona, en quien M. Bravay reconoció con sorpresa al paseante de la víspera.

El virey habló familiarmente con el obrero al mandar le entregar algunos pares de babuchas para que los gobernara; le pareció entendido, capaz de ser útil, y al fin de la conversación, le ofreció encargarle el suministro de zapatos para su ejército.

M. Bravay aceptó muy gustoso, y después el virey ajustó con él otras contrataciones de calzado para la marina, la administración, los palacios, etc., etc. Su fortuna estaba hecha. Muy pronto se halló en posesión de varios palacios amueblados con un lujo oriental, y su autoridad cerca del bajá llegó á ser tan grande, que en repetidas ocasiones los miembros del cuerpo consular recurrieron á su influencia. Daba fiestas magníficas, á las que se tenían por muy dichosos de poder asistir los extranjeros, y se asegura que más de una vez ayudó con su propio peculio al virey, que no tenía bastante con sus ochenta millones de dotación. Cuando ocurrió la muerte del bajá, M. Bravay se volvió á Francia, donde lo primero que hizo fué borrar las huellas de una quiebra olvidada de su padre, desinteresando liberalmente á todos los que habían podido salir perjudicados en este percamce comercial.

La suerte no suele ser tan ciega como la pintan. Si en M. Bravay ha favorecido á la inteligencia y al trabajo, hé aquí otro caso en que se ha mostrado propicia á la virtud y á la belleza.

En uno de los teatros de infimo orden del boulevard, había una joven actriz que era como si dijéramos la perla del teatro. El público de obreros que concurría á las funciones de pantomima que se daban en aquella humilde sala, la profesaba una verdadera adoración, muy merecida, pues la joven era tan virtuosa como bella. No teniendo secretos la vida íntima de los

actores para aquel público, vigilaban cuidadosamente á su favorita. Cada noche la actriz, que llamaban Adela, llegaba al teatro acompañada de su madre; hacia tiempo que había perdido al autor de sus días.

Una vez la buena madre no pudo cumplir con la obligación que se había impuesto por hallarse en la cama; y mientras duró la enfermedad, la actriz, al concluir su trabajo, fué escoltada respetuosamente hasta su modesta vivienda por un grupo de quince ó veinte abonados. ¡Tenía que ver la dignidad con que estos mozos de los talleres del arrabal San Antonio desempeñaban su misión! Aquel que con una palabra mal sonante dirigida á su protegida hubiese herido su susceptibilidad, no habría tardado en arrepentirse.

Cuando llegaba á su puerta, la gritaban:

— Buenas noches, hasta mañana; y no hay que tener miedo, nosotros estamos alerta.

La pobre madre murió.

Todos los abonados acompañaron sus despojos mortales hasta la última morada, y se encargaron espontáneamente de continuar la vigilancia y la protección maternas.

Estos pobres operarios se impusieron un aumento de tarea, y la joven recibía á menudo obras de sus manos, sobre todo en los días señalados, como el aniversario de su nacimiento, el de su salida á las tablas, el día de su santo, y por año nuevo. Los presentes consistían en un mueble, una joya, un cofrecillo, un neceser, etc.

Un cepillero llamado S..., que se contaba en el número de sus amigos más celosos, la regaló una vez todo un surtido de cepillos, sobre los cuales se leía, trazado con cerdas, el nombre de la actriz tan querida del público.

La que llamamos Adela, y que lleva un nombre que no nos está permitido revelar, crecía en hermosura y en talento. Sabiendo que debía pasar á otro teatro de más importancia, sus protectores la dirigieron una carta en la que solo se leían estas palabras: «Allí estaremos nosotros;» y seguían las firmas.

En efecto, ninguno de ellos faltó, y no hay necesidad de añadir cuánto contribuyeron al triunfo de Adela.

La joven proseguía con brillo la carrera dramática; tanto, que un día el empresario de un teatro extranjero la hizo magníficas proposiciones.

—¿Qué debo hacer? preguntó á sus amigos.

Estos deliberaron largamente, y por fin decidieron que era preciso sacrificarse al porvenir de la que amaban todos, y que debía partir.

Resuelto el viaje, la acompañaron hasta el ferrocarril, donde tuvo lugar la despedida.

Adela alcanzó en el extranjero más triunfos todavía que en París. Un alto personaje se prendó de sus gracias, la hizo abandonar el teatro y se casó con ella.

Su nueva posición no la infundía vanidad alguna.

Muy á menudo preguntaba por sus antiguos amigos, y á su vez les devolvía los regalos que antes había recibido.

Hace poco tiempo uno de los actores del teatrillo en cuestión, que también había adelantado en la carrera y había abandonado la Francia, representaba en la ciudad de ...

Al día siguiente de su primera aparición en el escenario llegó á sus manos un billete de su antigua compañera, en que esta le invitaba á pasar á su casa.

Con efecto, lo hizo así, y Adela le acogió muy afable y entabló con él una larga conversación acerca del pasado.

La señora supo con dolor, que á consecuencia de un accidente, S..., el cepillero de que hemos hablado, se había quedado sin poder trabajar, y que se hallaba con su mujer y sus hijos en la más profunda miseria.

El jueves último el pobre hombre fué llamado por un notario, lo que le causó una sorpresa extraordinaria.

El notario tenía que entregarle un título de renta que le ponía al abrigo de la miseria por lo restante de sus días, y á este precioso papel acompañaba una carta particular, en la cual Adela reconvenía á su antiguo amigo porque no se había dirigido á ella en sus apuros, y declaraba que no se consideraba aun exenta de sus obligaciones con el honrado obrero.

Hace algunos meses hablamos aquí de una nueva pieza de M. Victorien Sardou, el autor á la moda, titulada los *Diablos negros*, reprobada por la censura en un principio, que motivó después un cambio de empresario, y que por último ha sido objeto de una viva polémica en la prensa. Ahora bien, allanadas las dificultades que se oponían á su ejecución, los *Diablos negros* han aparecido en el teatro del Vaudeville en la última semana, después de haber sufrido una larga y saludable cuarentena. No hay para qué decir que gracias á esos ruidosos preliminares, la noche de la primera representación el teatro había sido asaltado por muchas de las principales notabilidades de los más altos círculos parisienses.

El drama es violento si los hay, terrible con el vicio; las pasiones más feroces, los celos y el juego sostienen en todo él una lucha á muerte.

En un antiguo castillo desmantelado como esos que se encuentran en las márgenes del Rin abiertos por todas partes á la intemperie, una viuda joven y rica, de sentimientos exaltados, ve aparecerse un hombre fatal que desde hace largo tiempo la persigue obstinadamente.

¿Qué partido tomar? Es imposible arrojarle del castillo cuando muge en los campos una tormenta horrible, y entonces al rugido de los elementos desencadenados se ligan aquellos dos corazones con un lazo que debe arrastrarles á su pérdida.

Gaston y Juana en esa entrevista nocturna se confiesan recíprocamente el despotismo de su naturaleza, y entrambos se ciegan sobre los peligros de unas relaciones culpables. Gaston cansado de los vicios que han llenado de oprobio su juventud, aspira á rehabilitarse con un amor puro que siente en efecto, y la viuda al entregar tan fácilmente su corazón á un hombre conocido por su mala fama, se imagina que podrá emprender y conseguir la obra caritativa de hacer revivir el sentimiento del honor en aquel corazón devastado.

¡Inútil propósito! De vuelta en París los diablos negros se apoderan nuevamente de su presa. Gaston continúa sus hábitos

de desorden; juega, y no teniendo dinero da un pagaré que se presentan á cobrar en la misma casa de la viuda, en un precioso gabinete colgado de damasco y amueblado con extraordinaria riqueza.

¿Cómo salir del apuro? ¿Confesará Gaston á Juana su indignidad á fin de que pague su deuda? Antes la muerte.

En ese instante y bajo la influencia de los malditos diablos negros, Gaston cediendo á la tentación más espantosa, roba á la mujer amada, á la mujer con quien debe casarse dentro de poco, una de sus joyas que entrega en prenda al acreedor.

Juana quiere dudar al principio de esta acción criminal; pero muy luego la duda no es posible. Su futuro esposo es un ladrón vulgar, y para colmo de ignominia, no solo la despoja de sus joyas, sino que la engaña en sus amores.

Al hacer este descubrimiento, Juana jura vengarse, no del robo que habría perdonado fácilmente, sino del crimen de infidelidad que no perdonará nunca, y encerrándose con Gaston, prende fuego á la casa y condena á su indigno amante á morir con ella, en castigo de sus flaquezas recíprocas.

La escena es horrorosa. El incendio, un verdadero incendio sofoca á los prometidos esposos. Gaston jura y perjura de su inocencia en cuanto á querer á otra mujer; pero ¿quién da crédito á un miserable de su especie?

Entonces Gaston haciendo esfuerzos desesperados, derribando puertas y ventanas, consigue sacar del foco del incendio á la mujer celosa, y vuelve á entrar él para expiar sus culpas en una muerte voluntaria.

El último acto no es más que la larga agonía de Juana, que se ha vuelto loca de dolor y de vergüenza.

Hé ahí, desnudo de pormenores, el argumento de esa tragedia doméstica, que admirablemente desenvuelta por M. Sardou, deja en el alma una impresión de terror y de espanto. M. Berthon y Mlle Fargueil desempeñan los dos papeles principales con una maestría que les vale merecidos aplausos.

El Teatro Italiano está alcanzando también triunfos muy notables con los señores Fraschini y Delle-Sedie, y las señoras La Grange, Meric-Lablache y Borghi-Mamo. Después del *Trovador* se ha ejecutado la *Lucrezia Borgia*, y ahora se prepara el *Ernani*. La elegante concurrencia de este teatro aplaude sin reserva alguna al tenor Fraschini, ya célebre en París, sintiendo solo que su marcha á Madrid esté tan próxima. En efecto, á fines de este mes, Mario, la Patti y las hermanas Marchisio vendrán á París, y en cambio pasarán á España Fraschini y las señoras La Grange, Meric-Lablache ó la Borghi-Mamó. No hay duda que por el pronto la empresa hallará una compensación con la Patti, pero esta artista no debe permanecer entre nosotros sino hasta fines de enero, época en que la llama á Viena su contrata, y entonces se echará muy de menos á Fraschini, que cuenta ya en París con numerosos entusiastas.

MARIANO URRABIETA.

### Los sueños.

Si no fuera tan apremiante la necesidad de vivir, yo creo que algunas veces tendríamos tiempo para pensar en algo.

Pensar es detenerse, reflexionar es pararse; ¿y quién se atrevería á detenerse con peligro de quedarse atrás?

La vida es una especie de progreso que no nos deja tiempo para pensar.

Desde el momento en que se nace, hasta el momento en que se muere, se está viviendo sin un instante siquiera de interrupción.

Para dar variedad á este trabajo asiduo y constante del hombre, se han buscado diversas maneras de vivir.

Se han inventado figuras distintas, que representan una misma cantidad.

Así como para decir las mismas cosas se han inventado muchos idiomas.

Pero en realidad no hay más que una vida que no tiene sustitución.

El que una vez se queda sin ella, ya no vuelve á vivir.

Por eso todos tenemos tanto afán en conservarla.

Es incalculable lo que el hombre haría si por un privilegio de la naturaleza no tuviera nada que hacer.

¡Infeliz! desde que nace hasta que muere se siente oprimido por el trabajo continuo y forzado de vivir.

¿A dónde llegaríamos si pudiéramos hacer que la vida se esperara?

O para decirlo de una manera más absurda, más comprensible y más exacta:

¿A dónde iríamos á parar si nos fuera posible detenernos!

En esta carrera precipitada, en la cual parece que vamos huyendo de todo lo que sucesivamente vamos buscando, apenas tenemos tiempo de ver lo que pasa por delante de nuestros ojos.

Con tanta rapidez cruzan las cosas á nuestra vista, que no podemos verlas más que por la superficie y desfiguradas por la velocidad del movimiento.

Hay una en la que tropezamos todos los días, sin que hayamos podido averiguar aun ni el más fácil de sus secretos.

Es la cosa más rara y la cosa más frecuente.

La cosa más natural y la cosa más incomprensible.

Es una cosa ante la que todos cerramos los ojos y doblamos la cabeza.

Se llama sueño.

La sombra, enemiga de dejarse ver con claridad, tiene la precaución de no aparecer hasta que se apaga la luz.

Por eso no se la ve más que de noche.



El sueño, mas ingenioso, ha encontrado un medio mas seguro para no ser visto a pesar de la luz.

Su primer cuidado es cerrarnos los ojos.

Apenas los abrimos desaparece.

Es imposible cogerlo desprevenido.

El sueño es un mundo en el cual entramos como en este, esto es, completamente a oscuras.

Si yo fuera ciencia, viviria en continua desesperacion.

Eso de no poder averiguar lo que pasa dentro de uno mismo, es una vergüenza.

No dejarnos penetrar en lo que tan inmediatamente nos pertenece, es una crueldad.

Obligarnos a que cerremos los ojos ante el poder de una cosa que no comprendemos, es una tiranía.

¿Porqué hemos de doblar la cabeza ante las exigencias del sueño?

Bien mirado, dormir no es mas que tenderse para que pase por encima de nosotros un tirano invencible.

Y sin embargo, soñar es la palabra mas libre y mas bella que se encuentra en el Diccionario.

Sueño equivale a felicidad.

Sueño se llama todo lo que nos parece imposible, y los imposibles tienen la crueldad de parecernos hermosos.

Cosa extraña. Tenemos que echar el velo profundo de nuestros párpados sobre la realidad de las cosas para vernos felices.

Los sueños son unas especies de citas misteriosas que nos damos con todo lo que vive en nuestro deseo.

Todo lo que no podemos realizar, lo soñamos.

Es un modo incomprendible de ver lo que no tiene forma, de gozar lo que no existe.

Para los médicos un sueño no es mas que una congestión, y es claro: ¿qué ha de ver un médico si no ve una enfermedad?

Los sueños suelen tener muy malas intenciones.

Esa mala intención que llevan siempre consigo todas las mujeres que son muy hermosas.

Toda mujer puede ser amada constantemente por un hombre.

Esta es una regla general que no tendria excepcion, si no hubiera otra regla contraria y tambien general.

Todo hombre preferirá siempre a la mujer mas bella.

Las mujeres saben esto perfectamente, y hé aqui lo que hacen:

Ciegan a los hombres para que no puedan ver a las demás.

El sueño es así: es el que quita el encanto a la realidad.

Desgraciado del que enamorado de una cosa real tenga la desventura de soñar otra.

Es seguro que si el hombre no soñara, viviria muy contento.

¿Porqué será que los niños se despiertan siempre llorando?

Los sueños son una cosa mucho mas trascendental de lo que parece a primera vista.

Como todos soñamos, no vemos en ello mas que una vulgaridad.

Los sueños de los poetas tienen el privilegio de realizarse.

Ahi está la *Divina Comedia* que no me dejará mentir.

Sus personajes nos son conocidos, los vemos vivir mejor que a la mayor parte de los hombres que vemos por la calle.

El *Quijote* es otro sueño realizado.

Es tan verdadero este personaje, que no solamente sabemos lo que hizo, sino que estamos seguros de lo que hubiera hecho.

Existe de una manera mucho mas completa que la mayor parte de los hombres públicos que vemos todos los dias, pues sabemos de ellos algo de lo que han hecho, é ignoramos completamente lo que harán.

Y esto es tanto mas admirable, cuanto que esos son hombres de razon y don Quijote era un loco.

Hacer de un sueño una realidad, es privilegio exclusivo del poeta; es un secreto del arte que nadie ha podido robarle todavía. Tal es la obstinacion con que lo guarda.

Los filósofos modernos se han empeñado tambien en hacer de sus sueños una realidad.

Ellos habian de querer tambien que sus sueños tomaran cuerpo, y siguiendo los procedimientos mecánicos del arte, tomaron el papel y empezaron a dar forma de libros a todas sus quimeras.

Aquí empieza la segunda perdición del mundo.

Un alemán que no tiene nada que hacer, coge un jarro de cerveza y enciende su pipa.

Los vapores del brebaje y el humo del tabaco forman en su imaginacion una atmósfera semejante al caos, una cosa parecida a los primeros momentos del sueño.

Cuando los hombres no tienen nada que hacer, es precisamente cuando hacen las grandes cosas.

¿Qué habia de hacer el espíritu alemán al ver desvanecerse ante sus ojos la realidad de la vida borrada por los vapores de la cerveza y el humo del tabaco?

Si el mundo huía de su vista, ¿habia de quedarse indolentemente dormido en el aire?

Esto hubiera sido sublevarse contra las leyes de la gravedad, y lo primero que necesita un filósofo alemán es ser grave.

Al encontrarse fuera del mundo que todos pisamos, se veía en la necesidad de crear otro mundo.

El humo del tabaco y los vapores de la cerveza no habian de ser menos que la nada.

Esto hubiera sido absurdo.

El humo es dócil y se prestó a la nueva creacion.

La cerveza no pudo negar que llevaba dentro de si un espíritu activo.

Y la imaginacion se abrió como el vacío para dar paso al flamante universo.

Hé aqui el *Genesis* de este nuevo mundo que se llama filosofía alemana.

De esto resulta que se han vuelto científicamente locos una porción de seres racionales.

Y como al crearse el mundo de la filosofía alemana no ha podido destruirse al mundo primitivo, resulta que los que están soñando no pueden entender a los que están despiertos.

Esta sabia filosofía, ya que ella no puede, trabaja para que los ignorantes realicen sus sueños.

Así se ve a la multitud buscar lo que no existe.

Se agita como un sonámbulo, que soñando grandes riquezas, quisiera encontrar la realidad de sus quimeras en las tristes soledades de sus tristes bolsillos vacíos.

Ha dicho Larra que un tonto y un hombre de talento se distinguen en que el primero dice las tonterías y el segundo las hace.

Entre un sabio y un ignorante la diferencia es en sentido inverso: el sabio escribe las locuras y los ignorantes las ejecutan.

Todas las locuras de una mujer enamorada no son mas que el afán de realizar sus sueños.

Pocas veces un asesinato deja de ser la realizacion de un sueño de venganza.

¿Cuántos habra en la cárcel por haber querido realizar sus sueños de oro!

Los sueños son un mundo invisible que todos llevamos oculto en el fondo de nuestro corazón ó de nuestra cabeza, y que solo se nos descubre cuando cerramos los ojos.

¿Qué aspecto tan extraño tiene la realidad cuando tropezamos con ella al despertar de un sueño!

Parece como que sentimos la ligadura mortal que sujeta el alma a la tierra.

Parece como que pesa sobre los hombros de nuestro espíritu el peso de la vida.

Experimentamos la extrañeza, el asombro que experimentaríamos una aguililla si de repente perdieran sus alas poderosas la facultad de volar.

El sueño es la ventana de la cárcel en que vivimos.

Soñar es tender la mirada por el ancho paisaje que se dibuja fuera de nuestra prision.

Despertar es volver los ojos al centro del calabozo, cuyas paredes duras y frias nos cierran el paso por todas partes.

La mitad de la vida la pasamos soñando.

### Dos obras célebres.

Con el título de *Venganza catalana* ha leído el señor García Gutierrez a algunos de sus amigos un drama que no titubeo en calificar de obra de primer orden.

Todo el mundo sabe que este gran poeta, tan digno de ser admirado como querido, escribió ya hace muchos años un drama cuyo título y cuyo asunto era *Roger de Flor*, es decir, el episodio mas interesante y mas dramático de la memorable y heroica expedición de aragoneses y catalanes a Oriente.

Este drama pereció en un incendio, reduciéndose a cenizas el manuscrito; pero la obra permaneció en la cabeza de su autor, y ahora *Roger de Flor* ha vuelto a ser bajo la denominacion de *Venganza catalana*.

García Gutierrez ha hecho en esta, por decirlo así, segunda edición de su drama, alteraciones importantes en el plan, introduciendo algunos personajes nuevos, doblando el interés dramático de la acción y las bellezas literarias del drama.

De *Roger de Flor* ha aprovechado para *Venganza catalana* unos seiscientos versos que vivian aun en la memoria del autor, y que por consiguiente habian sobrevivido al incendio.

El sentimiento que entre la gente amante de las letras y de la justa gloria de García Gutierrez produjo la catástrofe, está subsanado con ventaja con el nuevo drama.

*Venganza catalana* es una joya que ha de llamar fuertemente la atención, despertando el entusiasmo hartamente apagado del público.

Yo de mí sé decir que su lectura me ha dejado una de esas impresiones que no se borran en mucho tiempo.

Conociendo intimamente como conozco a García Gutierrez, admirando como admiro su gran talento y su delicado sentimiento, confieso con alegre ingenuidad que no esperaba tanto.

A *Venganza catalana* no hay nada que pedirle, porque todo lo da espontáneamente: sentimientos, situaciones, caracteres, pensamientos, interés, todo se encuentra en este drama digno del que ha sabido escribirlo.

¿En qué teatro va a exponerse esta obra admirable? Lo diré: en el teatro del Principe.

Cuando después de la lectura hecha maduramente en la intimidad de cuatro amigos, el empresario y director de ese teatro cogió el manuscrito para llevarse, con el fin de que inmediatamente se empezaran a sacar las copias, dijo:

— Aquí me llevo un tesoro... de talento.

Yo al oír esto no pude menos de decir para mis adentros:

— Usted lo que se lleva es una víctima.

Yo espero que Matilde Diez vencerá las dificultades con que ha de tropezar para que el bello carácter de María no pierda el puro realce que el autor le ha dado, y espero tambien que el señor Catalina, rompiendo con sus maneras habituales, se ponga aproximadamente a la altura del noble carácter de Roger de Flor; pero aquí es preciso hacer punto, porque aquí se acaban nuestras esperanzas.

En dramas como este todos los personajes son de primer orden, todos requieren actores de grandes cualidades, y en el teatro del Principe no hay mas cera que la que arde en el parrafo anterior.

Si se tuviera por la gloria del arte el amor que generalmente se tiene por el dinero; si ahora que es la época de las coaliciones y de la confusion política, se les ocurriera a los actores de mejor fama coaligarse, confundirse en una sola compañía, aunque no fuera mas que para poner en escena *Venganza catalana*, harian mas bien a la literatura dramática de su patria que todas esas políticas que se coaligan y se juntan para representar la ya cansada comedia de la oposicion y del ministerialismo.

Los actores salvarian el teatro nacional del descrédito que se lo come, mucho mejor que los otros cómicos el teatro de la política.

Pero el que tenga algo que hacer y no quiera perder el tiempo, no debe pensar en semejante cosa.

Y por una de esas raras coincidencias con que las cosas suelen anudarse, la política me pasa del drama de García Gutierrez al último hermoso cuadro de Gisbert.

Este cuadro, que representa a Doña María de Molina presentando a su hijo Fernando IV a las Cortes de Valladolid, es otra obra maestra en opinion de todos.

El teatro en que esta escena admirablemente animada y dispuesta se halla colocada, es el Congreso.

No llamo teatro al Congreso para dar a entender que es mentira lo que allí se representa; no, al contrario; muchas cosas de las que allí se ven y se oyen son verdad desgraciadamente.

Fuera de la barahunda política en que se agita este revuelto cotarro, no hay mas que estos dos sucesos notables: el oleaje político de esta semana no ha dejado sobre la orilla, desde la que vemos la fiesta los que no queremos embarcarnos, mas que esos dos restos del naufragio del arte.

Ellos son dos cuadros históricos, ambos de un mérito permanente, el uno escrito por García Gutierrez, y el otro pintado por Gisbert.

En la olla podrida en que nos cocemos, esas dos obras de arte, esas dos escenas gloriosas de nuestra historia serán dos garbanzos negros, que apartaremos para fijar toda nuestra insaciable atención en las escenas parlamentarias que se nos vienen encima.

¿Qué significa un drama gloria de las letras españolas ante la tragedia de la dimision de este ministro ó la renuncia del otro empleado?

¿Qué significan las heroicas hazañas, la grandiosa empresa de aquellos catalanes y aragoneses cuyos nombres resuenan aun por el mundo, ante la empresa de votar contra el ministerio ó la hazaña de pronunciar un discurso?

¿Qué significa el recuerdo de Doña María de Molina ante las Cortes de Valladolid, en presencia de los nuevos parlamentarios que hay anunciados en los carteles de todos los periódicos?

Para drama, el que va a representarse; para cuadro, el que estamos viendo; para historia, la nuestra.

La obra de estos momentos, la cuestion que está, no sobre, sino debajo del tapete, es una cuestion de carpintería, una obra de cajón: se trata de una mesa.

El mundo político es en estos momentos un taller en el que se trata acaloradamente el gravísimo asunto de ponerle cuatro pies a una mesa.

Yo no hablo aquí de este asunto mas que bajo un aspecto puramente artístico.

He hablado de un drama y de un cuadro, y era justo tambien hablar de ese mueble.

Las tres son tres obras de arte.

Esto es todo lo que hay fuera de la política; dentro, el tiempo se encargará de descubrirlo.

JOSE SELGAS.

### Crítica literaria.

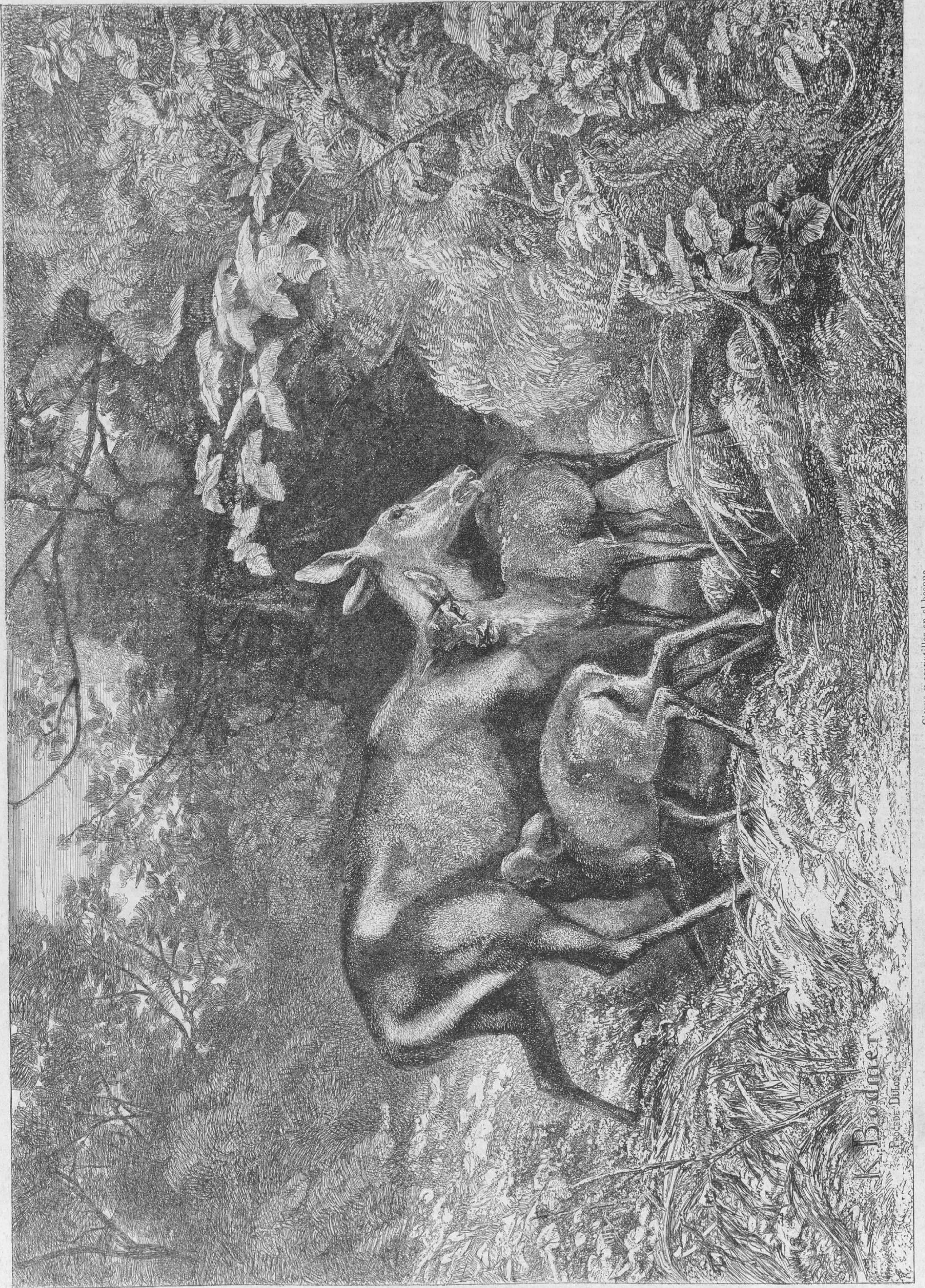
#### «LA MUERTE DE CESAR»

TRAGEDIA DE DON VENTURA DE LA VEGA.

(Conclusion.)

No: la tragedia tiene que vivir y vivirá, mientras la humanidad no renuncie a la idea universal, a la solidaridad de raza, a la herencia y al entusiasmo de los siglos que pasaron; y a esa inspirada generacion que comienza a brillar en la España de nuestros dias, a los Ayala, los Eguilaz, los Larra, toca el deber de penetrar en las catacumbas de la historia, infundir su aliento de poetas, y dar vida a sus preciosas reliquias. Ellos, que como el calumniado don Francisco de Quevedo, poseen el estro festivo y el espíritu filosófico del pensador, han contraído con los que hablamos su lengua el deber de no darse punto de reposo.

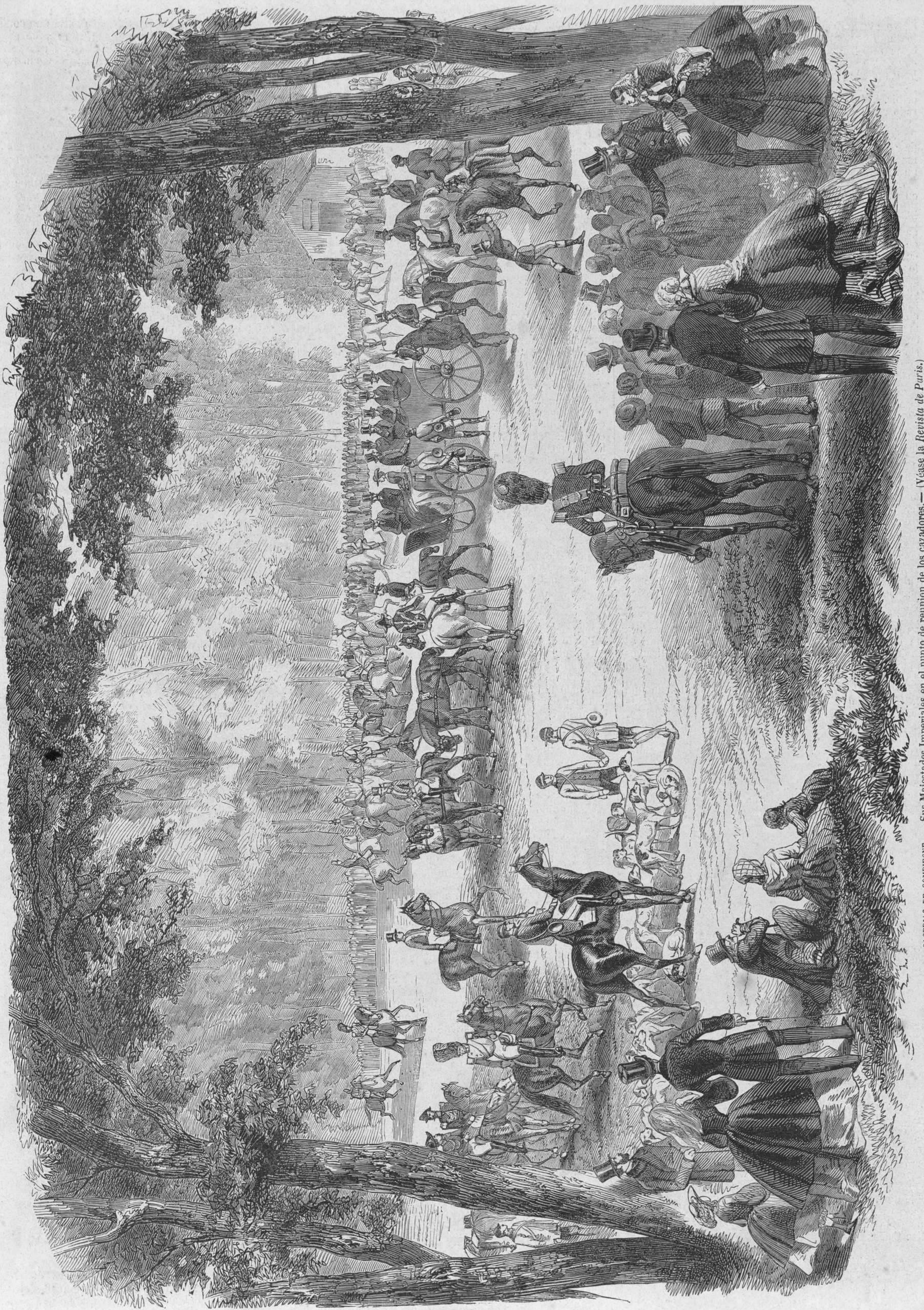




K. Bodmer  
Procede. Dinos

Cierva y cervatillos en el bosque.





CACERIAS DE COMPIEGNE. — Sus Majestades Imperiales en el punto de reunion de los cazadores. — (Véase la Revista de Paris.)



El argentino don Ventura de la Vega ha abierto brillantemente el camino y es necesario que lo sigan ellos, los hombres del porvenir. Inspírense como él en la meditación y brillarán sin duda; porque un pensamiento concebido con seguridad y desarrollado con economía, jamás puede producir una mala obra. Ha dicho Carlos Nodier que concebir bien es el arte mismo de saber escribir. Tal es lo que ha sucedido al señor Vega. Inspirado en el prolijo exámen de la historia, ha dominado la época, y cuando se ha hallado la luz, la forma queda impresa por su solo brillo. Así el señor Vega, al reanimar la tragedia, ha producido, no vacilamos en afirmarlo, una obra magistral, y que alcanzará a su autor un renombre que no acabará con sus días.

La revolución romántica, dice con razón el señor Vega en su prólogo, arrancó todas las antiguas tradiciones literarias; sin embargo, en pos de su estrepitoso triunfo, y vuelta la calma y la serenidad a los espíritus, ha quedado en pie lo que debía ser inmortal, y sobre las ruinas de las unidades aristotélicas, permaneció firme la unidad de pensamiento y de acción. Su obra, sometida a los preceptos de eterno buen gusto que Horacio la ha guardado, y juntando el vigor métrico de Racine con el interés dramático de Corneille, sin verse sujeto a las inquebrantables veinte y cuatro horas a que era preciso reducir los episodios más complicados y los asuntos más extensos, ofrece en espectáculo la historia romana en un largo período, reasumiendo con verdadera superioridad en la escena final el reinado del segundo triunvirato, la dominación de Octavio y Marco Antonio y el poder absoluto de Augusto.

Este pensamiento está desarrollado con ajustadas proporciones en los cinco actos a la *Epístola a los Pisones*, adornado con una versificación robusta, sembrado de hermosos conceptos, con situaciones dramáticas hábilmente calculadas y pasiones sostenidas con precisión, demostrándose en el conjunto la firmeza con que pisa el autor tan espinoso terreno.

El carácter de César está retratado con vivísimo y rico colorido: su conciencia firme de la necesidad, que como demuestra Montesquieu aquejaba a Roma del poder absoluto; la generosidad hacia sus enemigos, y esa grandeza de ánimo que puso Corneille en el teatro con *Pompeyo*, y que parece expresar el horror y la repugnancia con que recurría al absolutismo, como remedio supremo, que solo la necesidad urgente e imperiosa podía hacerle aceptar; todo esto está expresado con verdadera superioridad y mirado desde puntos de vista muy elevados. La escena en que rechaza la adulación del Senado que va a ofrecerle los honores divinos, y abraza a Bruto que la combate, exclamando en una expansión tan paternal como patriótica: *¡Alma romana, vén!* es un episodio perfectamente calculado, y que como el conjunto todo de la tragedia, prueba, no lo repetiremos nunca bastante, que el señor Vega era muy dueño del terreno que pisaba.

No lo demuestra menos la escena siguiente, en que Bruto le pide abdique el poder supremo, y él se empeña en justificar su conducta a los ojos del patriota, presentando el lastimoso cuadro de la república envilecida, y termina con estos versos llenos de verdad y rebosando, permitásenos la expresión, en la fisonomía moral del dictador:

..... ¡Bruto! desecha  
Tu mentida ilusión: los ojos abre:  
Mira a Roma cual es y no cual era:  
Ya ambos desde hoy unidos procuremos,  
Pues libre no ha de ser, que feliz sea.

Y toda la vehemencia del fogoso defensor de la libertad estalla en la súbita exclamación con que interrumpe esas palabras de César:

¡No puede ser feliz un pueblo esclavo!

Sentimiento generoso y justo, cuyo entusiasmo corona a Bruto, y cuyo resplandor lo deslumbró hasta buscar y querer sofocar la tiranía donde la tiranía no estaba, como lo expresa el señor Vega en este diálogo:

CESAR.  
No le hice esclavo yo.

BRUTO.  
¿Pues quién?

CESAR.  
¡Sus vicios!

Aquí quisiéramos hacer una observación a la tragedia, pero desde luego nos escudaremos repitiendo lo que decía Larra al hacer la crítica de *Los amantes de Teruel* del ilustre literato don Juan Eugenio Hartzenbusch, que cuando se trata de un hombre como don Ventura de la Vega, mas nos inclinamos a creer que el error está en nosotros y no en él.

Bruto parecía sentir la fuerza de esta verdad: que la causa y origen del despotismo estaban en la degradación de Roma y en la degeneración de las antiguas virtudes patrióticas de sus antepasados. Así terminantemente lo expresa en la escena VI del acto 2º cuando dice Casio:

¡Ah! si algun día vemos restaurada  
La libertad en Roma, de él lo espero.  
De un generoso arranque de su alma:  
¡No de vosotros, no!

Si comprendía de esa manera el despotismo que reinaba sobre la señora del mundo, ¿qué buscaba apuñalando a César?... Si no quedaba mas que un romano ¿adónde encaminaba la revolución?... ¿A hacerse heredero de la dictadura? Si el despotismo estaba entrado en la depravación social, y el pueblo todo degradado, ¿qué pretendía alcanzar asesinando al déspota? ¿Guiábalo acaso el pensamiento de que no quedaba otro romano con suficiente fuerza personal para aspirar a la dictadura?... Pero entonces era evidente que arrebatada a su patria de un peligro para arrojarla en otro no menos serio y no menos claro. Bruto debía temer que sacando a Roma de manos de César iba a arrojarla en manos de los romanos; y no le permitido ignorar, porque la historia podía enseñárselo, que de dos modos se mata la libertad: por opresión y por lasitud: que la primera es obra del despotismo y la segunda de la anarquía: pues como dice Fenelon en uno de sus diálogos de Alcibiades: el pueblo dado a una libertad desenfrenada es el peor de todos los tiranos. ¿Se dirá que el repentino entusiasmo de Casio y del resto de los conspiradores sería bastante a borrar del ánimo de Bruto la convicción tan fuertemente arraigada de que nada podía esperarse de su pueblo?... No lo creemos nosotros así; porque contra ese convencimiento hablaba bien alto la ciega sumisión de la mayoría de los ciudadanos, la venalidad de los comicios, y el placer con que asistían a las ollas de Egipto, que con tanta oportunidad ha presentado el señor Vega en la escena. Ciceron huyendo a Túsculo y Casio declamando contra el tirano, solo debieron presentarse a los ojos de Bruto como la última protesta de la tradición romana contra el nombre de rey, y el último sentimiento de horror hacia la corona de oro, abrigado en pechos que no vacilaban en aceptar la de hierro; Bruto tan desesperado en el primer acto, parece que sufre una transición violenta y poco motivada, cuando lleva al exceso la esperanza por los discursos de unos pocos senadores. Ciertamente que su conspiración fué infecunda; pero dados todos los antecedentes de la tragedia, sería necesario creer que él lo sabía; en cuyo caso, adquiriría un carácter criminal, que no es dado imputarle.

Grave por demás era la dificultad que el señor Vega tenía que vencer para presentar el honrado extravío de Marco Bruto en una conspiración inútil, pero hija de la buena fe, del desinterés y del patriotismo. ¿No lo habría conseguido de un modo más perfecto, descubriendo desde el principio en él un alma toda romana y con fe en el pueblo, aunque el pueblo no la mereciera? Entendemos que no pudo ser otro el sentimiento del entusiasta y recto pretor, y que ese fué a todas luces el error que dominó su espíritu.

Por lo demás, este flaco, si lo es, no amengua en lo más mínimo la verdad de la historia, ni daña al pensamiento dominante: solo sí, al carácter de Bruto, que quisiéramos ver menos desanimado al principio respecto al estado moral de Roma, aunque la tragedia sea perfecta en cuanto al patriotismo incontrastable del célebre tiranicida.

Con mano poco firme hemos escrito esta observación, solo por no mentirnos a nosotros mismos, y repitiendo que entre nuestra opinión y la del señor Vega, nos inclinamos a la suya con el respeto que merece el autor de una tragedia digna, en nuestro concepto, de Corneille.

El encaje dramático de la obra ha inspirado al señor Vega un tipo original, Servilia, madre de Bruto, que ha sido criticado como poco romano y que el señor Vega ha defendido en su prólogo, diciendo: que la dura altivez y la aspereza invencible con que adornamos el carácter romano, son debidas a que los ejemplos de ese género descuellan en la historia, pero precisamente por ser extraordinarios. Este convencimiento, así como el creer que el rayo de la luz cristiana comenzaba a brillar, son, dice él, los motivos porque ha delineado el carácter de Servilia en la simpática forma en que lo ha hecho. Solo motivos de elogio podemos encontrar en esto; y vemos en la Servilia de Vega, como en la Andrómaca de Racine, y en la Camila de Corneille, el tipo mixto engendrado por la unión del sentimiento cristiano del poeta con el sentimiento pagano del personaje puesto en relieve.

Cuando Eurípides retrata a Andrómaca, es la viuda de Hector: en manos de Racine es la madre de Astiana. Camila es harto más simpática olvidando a Roma para llorar a Curacio, que no lo sería celebrando triunfos que la privan de su amor, que es lo primero que tiene y que debe tener la mujer en este mundo. En esta materia preferimos el idilio a la epopeya.

Y no es solo en la parte delicada de la especie humana donde hallamos preferible la consagración de los afectos tiernos a los heroicos. Podrá ser una blasfemia, pero en el célebre *¡Qu'il mourut!* de la misma tragedia de Corneille, hallamos un carácter tan romano, tan patriótico, como se quiera, porque hay sin duda heroísmo en vencer sentimientos que halagan siempre; pero momentáneamente al menos, creemos ver levantarse la sombra de todos los padres para conjurar la crueldad del héroe.

Por otra parte, creemos lo mismo que el señor Vega, que esa rigidez inflexible con menosprecio de los instintos naturales, no puede haber sido universal, y en su caso habríamos pensado como él, robusteciéndonos esta idea: que no es solo el espectáculo sangriento y bárbaro de Medea degollando sus hijos lo que a veces es preciso evitar en el teatro: hay espectáculos y enfermedades morales que es preciso economizar por repugnantes; y cuando la necesidad no obligue al poeta

a presentarlos, ¿porqué no dulcificar el carácter de un monstruo, que llega a veces a hacer odiosa una composición? Vale más presentar una madre cobarde según su tiempo, pero madre en fin, que una mujer insensible a los afectos más delicados del alma; pues con razón hizo decir Corneille a su Camila:

C'est gloire de passer pour un cœur abattu  
Quand la brutalité fait la haute vertu.

Ha sido criticada también la última escena, en que reasume proféticamente, como hemos dicho, todas las consecuencias de la muerte de César, que terminaron por arrojar de nuevo la nación en el camino del absolutismo, de que momentáneamente la separó la mano de Bruto. Creemos que esa crítica ha sido infundada, porque el pensamiento del autor quedaría incompleto faltando las respectivas exclamaciones de Marco Antonio, de Lépido y de Octavio, y antes que nada está ese pensamiento, maestramente desarrollado, que dominando la obra oculta los detalles.

Hemos dicho ya que la versificación es lozana y vestida de la majestad del género, aunque puedan encontrarse algunas reminiscencias, que no es del caso notar, porque absorbida la atención por el conjunto y el teorema histórico que lo guía, y en cuyo seno se confunde, hemos preferido mirarla bajo ese punto de vista.

Si esas reminiscencias, ó alguna expresión menos feliz, son un defecto; si lo es el que más arriba hemos notado, en nada desfiguran el aspecto y la importancia general de la obra. Cualquiera flaco puede pasar inapercibido a la sombra de aquel *¡Puñal!* *¡Roma!* *¡Manda!* y envuelto en la luz de la verdad que la tragedia enseña. En obras de tal altura y sembradas de tales bellezas es disculpable tal ó cual defectillo, pues con razón decía Horacio que en una obra de aliento es permitido dormir algunas veces:

*Verum opere in longo fas est obrepere somnum.*

En cuanto a reminiscencias, acaso podrían encontrarse algunas de Voltaire; pero indudablemente el pensamiento del señor Vega ha sido de mas vuelo, y el carácter de César mejor dibujado que en la tragedia del poeta francés. Las palabras puestas por Voltaire en boca de César al fin del segundo acto, arrojan no poca sombra sobre el genio del grande hombre: el reconocimiento de Bruto como hijo de sus amores, ó secreto himeneo según él, con Servilia, imprimen un carácter de crueldad poco simpático en el ánimo del tiranicida; y cuando esta circunstancia no es constante, ¿porqué ha de rodear el poeta de repugnante aureola el honrado extravío del hijo del dictador?

Las palabras de Casio, que cita el señor Vega en su prólogo, tampoco pueden ser tranquilamente escuchadas por oídos de hombres de sentimiento. Si a esto se agrega la carencia de interés dramático, que obligó a Voltaire a encerrar su acción en tres actos, y lo desanimado del final, no será difícil decidirse, prefiriendo abiertamente la nueva producción, hecha en vista de las del antiguo teatro, con los modelos del buen gusto y la suficiente altura de parte del autor, para vencer dificultades y corregir los ajenos defectos.

El *Julio César* de Shakspeare, extendiendo su acción muy allá de la muerte de César, que ocurre en la primera escena del tercer acto, pone en el teatro, haciendo volar el tiempo, el desarrollo del movimiento político del triunvirato y demás sacudimientos que siguieron a la caída del dictador, y termina con el suicidio de Bruto y de Casio. Fácil es advertir aquí la duplicidad de acción; una que termina en el tercer acto, otra desarrollada hasta el final, a la cual sirve la primera de exposición, independientemente de que César está rebajado de su rango y su carácter desconocido, como observa Voltaire en las ágras observaciones con que acompañó su traducción.

Dados todos estos antecedentes, no hay que vacilar. El señor Vega ha concebido con altura y desarrollado con mano maestra. César palpita: el tiranicida hierve de entusiasmo; y si hubiéramos de decir cuanto pensamos sobre cada uno de los caracteres que presenta, Marco Antonio corrompido y romanamente, si puede decirse, firme en la corrupción; Ciceron, debilitado y huyendo a Túsculo; las costumbres romanas, el estado moral de la ciudad y los juegos lupercales al daguerreotipo, jamás acabaríamos.

El ilustre escritor ha conquistado su derecho a los aplausos de la posteridad, que resuñan en la tumba y agitan las cenizas del dichoso mortal que los merece. Al arrancar a la historia una de sus más elocuentes lecciones y uno de los rasgos que más estrechamente enlazan los antiguos y modernos tiempos, el poeta ha evocado una generación y hecho pasar en cuadro vivo a los ojos de su edad el mundo romano en crisis, animado de nuevo por su alta inspiración; y con razón puede, penetrando los monumentos trágicos y dramáticos desde Esquilo hasta Quintana, repetir con Montesquieu la célebre frase del Correggio:

Ed io anche son pittore.

### III.

No cerraremos estos mal aliñados renglones sin agradecer a la madre del autor de *La muerte de César*, el habernos facilitado la magnífica tragedia de su hijo,



cuyos versos hemos saboreado pensando en el placer que los triunfos de su Ventura despiertan en el alma de la señora doña Dolores.

No podemos corresponder a su atención sino con el deseo que nos inspira siempre su soledad. Desearíamos que cada una de las letras de este artículo fuera un paso que el poeta diera hacia la casa paterna.

En ella le esperan los recuerdos de su infancia; la paz que no ha alterado el viento del siglo que no ha penetrado en ella; los retratos de sus antepasados casi borrados por la esponja del tiempo, empapada en las aguas del olvido y en las lágrimas de la humanidad; los muebles incrustados de bronce, colocados tal vez en el mismo lugar en que los dejó al partir para España; el reloj dorado, inseparable compañero de nuestros abuelos, que mas previsores que nosotros parecían contar hora por hora los pasos que los acercaban a la tumba; el aroma de las pastillas del Perú conservadas como reliquias en el fondo de sus gavetas, y sobre todo, los brazos de una madre dispuestos a estrechar su laureada cabeza. El poeta entonces sentiría renacer en las estancias en que jugó siendo niño, la juventud perdida, y no cambiaría la presión amorosa de los brazos de su buena madre por la presión de la corona de siemprevivas con que la Academia española ha ceñido sus sienes. El amor coronaría entonces a la gloria con el ósculo santo de la maternidad.

Sean estas líneas también como un reclamo que la patria hace al ciudadano.

Es cierto que el hombre que ha encanecido en el país en que nacieron sus hijos, siente atados sus pies a su suelo por una fuerza de atracción irresistible. No obstante, para el señor Vega ha llegado el momento en que el recuerdo de Buenos Aires sea una fuerza repulsiva que lo empuje hacia sus playas. Nosotros deseamos que ambas fuerzas se pongan en lucha y que quede vencedora la segunda.

El cielo argentino guarda colores para iluminar su fantasía; las olas del Plata acentos para conmover su voz, y los ojos de nuestras mujeres comunicarán a su alma el fuego que incendiaba el corazón del Petrarca.

La aldea que el señor Vega dejó a su partida para España, transformada en ciudad, espera su visita.

Sus torres que se elevaban en el espacio cubiertas de musgo hace treinta y siete años, se levantan hoy blancas y limpias hacia el cielo como el alma purificada por la penitencia; sus caminos cruzados ayer por la pesada carreta tirada por bueyes, son recorridos hoy por los carros de la industria que el vapor arrastra con su fuerza omnipotente; en sus calles resuena el golpe del pico del obrero que abre cimientos ó derriba viejos edificios para levantar escuelas ó lujosas moradas; el progreso se prepara para extender en sus desiertos los hilos eléctricos que han de poner en contacto las poblaciones argentinas, separadas unas de otras por las vastas planicies de la pampa; en su gran teatro madama Lagrange y Tamberlick han cantado *el Trovador*, y las hermanas Toral representan hoy las mejores comedias del repertorio moderno. Tanto adelanto, tanto progreso, esperan el saludo del señor Vega, que al pisar el suelo de la patria oír repetir su nombre con la admiración que se merece.

Buenos Aires quiere escuchar de sus labios lo que muchas veces le ha dicho el señor Vega en sus admirables versos.

Después que abraza a su madre, saluda a sus amigos de la infancia, vea brillar sobre su frente las estrellas del cielo que alumbró su cuna; después que doble sus rodillas delante del sepulcro de sus mayores, puede darnos el adiós de una eterna despedida. La tierra en que derramó el señor Vega su primera lágrima, se sentirá orgullosa de recoger después de treinta y siete años, aquellas con que se despida de sus playas.

La primera, caída de sus pupilas sin la conciencia del sentimiento que la hacía brotar, fué embebida por el polvo de los años. No sucederá así con estas, porque el amor que las produzca es inmortal. El alma de su pueblo será el vaso, que recogiendo las guarde eternamente. Entonces su patria podrá repetir con el poeta:

¡Las aguas del olvido  
Por tí no pasarán!

S. ESTRADA. — JOSE M. ESTRADA.

(De la Nación argentina.)

### Los dos arqueros.

(TRADUCCION DE VICTOR HUGO.)

Era el fúnebre instante, en que se teme  
De entre las sombras de la noche umbría  
Beodo de algun sábado en la orgía  
Un demonio evocar.

Era el momento en que sus oraciones  
Apenas coordinando el viajero,  
Atraviesa veloz roto sendero,  
Hora de quedo hablar.

Dos arqueros pasaban por el valle;  
Allá, do veis aquella torre aislada,  
Que al ir los nuestros reyes en cruzada  
A una muerte fatal;

En tres noches, según nuestros abuelos,  
La estuvo un santo monge construyendo,  
Quien las piedras moviera solo haciendo  
De la cruz la señal.

Los dos sin miedo al sitio ni a la hora  
Su bocina en el suelo abandonaron;  
Y encendida una hoguera, se sentaron  
Con dulce sensación,  
Sobre un santo de piedra, tosca imagen,  
Que en su frente que el polvo sepultaba  
Y en sus manos unidas, aun mostraba  
Hallarse en oración.

La llama en tanto en bosques y montañas  
Proyectaba fantásticos fulgores,  
Y los buhos de ruinas moradores  
Temblaban en su aduar,  
El murciélago de alas puntiagudas,  
Sucio animal que el sábado reclama,  
Turbaba por intervalos la llama  
Con torpe aletear.

De los arqueros el mas viejo entonces  
— ¿No llevas el cilicio? dijo al mozo:  
— ¡Pues qué! ¿tú ayunas? replicó el sin bozo.  
Y riéronse al par.  
De repente otras risas resonaron  
A lo lejos. El valle estaba hueco,  
Y ambos a dos dijeron: « Es el eco  
Que ríe en el pinar. »

Pero luego observaron luz rastrera  
En surcos por la altura esparramarse,  
Los dos blasfemos ¡ay! sin espantarse,  
Echaron al revés  
Otras ramas aun en su fogata,  
Nuevos troncos de vieja y seca encina  
Diciendo: « De la hoguera en la vecina  
Cascada, el reflejo es. »

Y era el eco (temblad todos de espanto)  
Satanás que reía en la colina;  
La luz amarillenta y mortecina,  
Era de Lucifer.  
Reflejo que emanaba de su cuerpo;  
Centella sulfurosa, que su dueño  
Nos suele en las tinieblas de algun sueño  
Del infierno traer.

De sus profanas risas al bullicio  
Acudiera, cual lobo hacia su presa;  
Y a los arqueros, en la sombra espesa,  
Contemplando feroz:  
— Blasfemad y reid en vuestros ocios;  
Yo haré que en vuestras bocas convulsivas  
Se truequen esas risas expansivas  
En rechinar atroz.

Al alba, en una poca de ceniza  
De un ancho y corvo pié se halló la marca,  
Desierta y silenciosa la comarca  
Todo el día quedó.  
Pero un pastor, a media noche en punto,  
Vió brillar en el sitio de aquel suelo  
Do fué hogar, azul fuego, que hacia el cielo  
Su llama no extendió.

Desque a tierra prendió rastreando livida,  
Horrendas carcajadas resonaron  
De pronto en el espacio, que llenaron  
De pavor al zagal.  
No es que viera a Luzbel ni a su comparsa;  
Ni menos concebir pudo en su espanto  
Cuánto dolor costaba y cuánto llanto  
Esa risa infernal.

De entonces, a los bosques y montañas  
El hogar dió fantásticos fulgores,  
Haciendo de las risas los clamores  
A los buhos temblar.  
El murciélago de alas puntiagudas,  
Sucio animal que el sábado reclama,  
Turbaba por intervalos la llama,  
Con torpe aletear.

Esa luz infernal, nada, hijos míos,  
Conseguía apagar sino la aurora.  
Si el huracán su voz atronadora  
Hacia fuerte oír,  
Las carcajadas fuertes resonaban  
Como el trueno, y el fuego culebreando  
Del polvo se elevaba, cual ansiando  
Su llama al rayo unir.

Mas una noche al fin, del viejo monge  
Vestido con su santo escapulario,  
Levantándose el mármol solitario  
Tres pasos avanzó:  
El terrible exorcista, con su ramo  
Del encanto fatal rompió los lazos:  
Y dijo: « ¡Dios me asista! » y sus dos brazos  
De granito extendió.

Todo cesó ya entonces, todo; y muertos  
En la estatua sentados los arqueros,  
A los rayos del nuevo sol primeros,  
Se encontraron después.  
Dióseles sepultura, y quiso el dueño  
De aquel sitio fundar allí devoto  
Una misa, legando para el voto  
Maravedises tres.

Si esta historia moral alguna encierra,  
No juzgarla, creerla sí, debemos.  
¡ Creer dije!... ¡ Esos tiempos los tenemos  
Lejos, muy lejos ya!  
En esta edad tan ciega que alcanzamos  
A medias solo existe la creencia.  
Nadie quizá, orgulloso con la ciencia,  
Su frente inclinará.

ANTONIO MONTIS.

### El ciprés.

(MUSICA DE E. C.)

Si por mi tumba  
Pasas un día  
Y amante evocas  
El alma mía,  
Verás un ave  
Sobre un ciprés;  
Habla con ella,  
Que mi alma es.

Si tú me nombras,  
Si tú me llamas,  
Si allí repites  
Que así me amas,  
Da oído al viento  
Dentro el ciprés;  
Y con él habla,  
Que mi alma es.

Pero si esclava  
Ya de otro dueño  
Turbas é insultas  
Mi último sueño,  
¡ Guárdate, ingrata,  
De ir al ciprés!  
Huye su sombra,  
¡ Que mi alma es!

¡ Huye del ave  
Y huye del viento,  
De toda forma,  
De todo acento!  
¡ Ay!... ¡ pero es vano!...  
Do quiera estés,  
Verás la sombra  
De ese ciprés.

JOSE A. CALCAÑO.

### Paseo de artistas de Niza a Villafranca.

Antes de la anexión del condado de Niza a la Francia y la prolongación del ferrocarril del Mediterráneo hacia las regiones itálicas, los peñones del Esterel en el departamento del Var, eran las columnas de Hércules que pocos franceses atravesaban. Esto consistía en que entonces era preciso pagar muy caro el favor de pasar largas horas en diligencia para llegar al país de las naranjas, donde florecen los limoneros, como dice la canción de Mignon, para poner la planta en esa tierra prometida del habitante de las regiones boreales. Pero en el día, gracias al vapor y a los rails, el púrpura encarnado y el granito del Esterel se atraviesan con la rapidez de la flecha, y en lugar del fastidio y de los dolores de la diligencia, no se tiene mas que una hora de omnibus entre las espléndidas orillas del Var y la plaza Massena, centro de la elegante ciudad de Niza.

De este modo el vapor, mejor que la guerra y la política, ha anexado el país de Niza, como sin duda anexará otros pueblos y otras ideas.





Hotel de los Extranjeros en Niza.

Niza, la Nizza cantada por los poetas, es una población risueña y seductora cual ninguna. No hay habitante del Norte que no se extasie al hallarse rodeado en los paseos de esos lindos arbustos que solo ha visto en los invernáculos, al respirar ese aire perfumado ya por la flor de azahar, ya por las violetas ó los jazmines, al distinguir á cada paso cómo se destacan sobre las paredes de los jardines las palmeras ó los aloes. Así sucede

que cada invierno la población de Niza se aumenta de una manera considerable. Rentistas, financieros y monarcas se complacen en cambiar el invierno de su país por una verdadera primavera en elegantes villas y espléndidos hoteles que rivalizan con los mejores de París, como el hotel de los Extranjeros y el hotel Chauvain, que se ven representados entre nuestros dibujos. Pero nada es perfecto en este mundo, y por ejemplo,

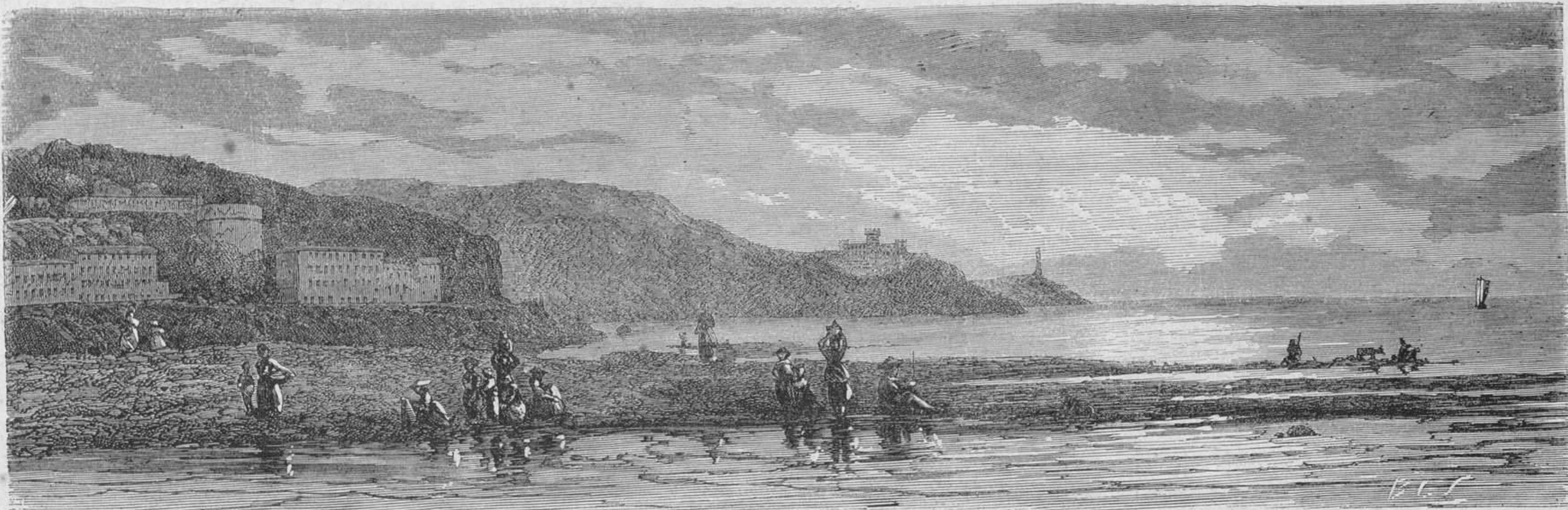
en ese clima tan satisfactorio para la aristocracia, el pintor no encuentra en abundancia bellezas pintorescas de primer orden.

Sin embargo, debemos consignar aquí que ha sido objeto de la entusiasta admiración de un gran artista, M. Hipólito Flandrin, que hemos acompañado últimamente desde París hasta la frontera de Italia cuando se dirigía á Roma. Pero nuestro querido compañero de



Fachada principal del hotel Chauvain en Niza.





Embocadura del Paillon en Niza.

viaje estaba cansado de treinta años pasados bajo las brumas del Norte y entre las oscuras bóvedas de las iglesias; el sol del Mediodía le exaltaba, le embriagaba, y si á esto se añade la indulgente predisposición de su espíritu, se concebirá que todo debía parecerle de una hermosura encantadora.

Ibamos de Niza á Villafranca por el camino favorito de los artistas, por ese antiguo camino que se eleva rápidamente al través de grandes olivares. Los olivos tienen aquí una forma y un carácter que nuestro amigo llamaba *bíblicos*, sin duda á causa de su dimensión y de la edad que se les atribuye, en vista de las rugosidades y grietas de su tronco.

Al llegar arriba se puede contemplar el panorama de Niza extendiéndose á la orilla del mar, la brillante línea del Var y la silueta del Esterel, que acaba en la punta de Antibes. Es lo que se puede llamar una hermosa vista; pero esos vastos horizontes y esos innumerables detalles son superiores á los medios del arte.

El pintor halló mayor satisfacción al bajar hácia Villafranca, al través de los olivos y los algarrobos. El aspecto del paisaje es severo. Las rocas son abruptas, la verdura de los olivos oscura; el agua profunda y serena del mar da miedo, y

las altas cumbres de las montañas de la Corniche se elevan con un carácter de grandeza imponente. Sin embargo, la severidad del lugar se encuentra un tanto corregida por la forma elegante y graciosa de las casas,

cuya aglomeración forma el pueblecillo de Villafranca, ya se distinga el conjunto de las fabricas colocándose a la orilla del mar, ya se plante el observador al pié del grande algarrobo. Dos de nuestros dibujos reproducen estos aspectos. Con un poco menos de respeto por las condiciones de la belleza pintoresca, habríamos figurado en esas aguas tranquilas alguno de los grandes navios conocidos, el *Montebello* ó la *Ville de Paris*, que á menudo fondean en esa bahía.

Regresando á Niza por el nuevo camino, no se puede menos de encontrar una construcción extraña é inmensa, ejecutada á costa de un inglés. Nuestro ilustre compañero, aunque poco gruñon por naturaleza, sintió una expresión desagradable al ver ese palacio de un gusto y un estilo sin nombre; pero prosiguiendo nuestro camino hallamos asuntos de admiración. Niza, los bellos peñascos del lazareto, el perfil de las montañas sobre el vasto mar, encantaron de nuevo nuestros ojos, y nos detuvimos un momento en la embocadura del Paillon, á fin de fijar por medio del lápiz aquellas líneas de un horizonte tan sereno, y el bonito efecto de luz que reproduce aquí otro de nuestros dibujos.

Con Hipólito Flandrin te-



El grande algarrobo en Villafranca.



Vista de Villafranca tomada de la extremidad de la barra.



niamos en nuestra compañía a M. Flacheron, pintor de género y de paisaje, que vive en Niza hace mucho tiempo. M. Flacheron nos enseñó en su estudio varias obras de mérito, producto de su modesta, pero honrosa existencia de profesor.

En estos últimos meses algunos periódicos de la capital habían difundido noticias alarmantes sobre la salud de M. Hipólito Flandrin. Nosotros podemos asegurar que el viaje que ha hecho al atravesar el Mediodía de la Francia, le ha devuelto todo el vigor y toda la energía de su juventud. Su residencia este invierno en Roma, en esa ciudad que le recordará los años de sus estudios, completará sin duda un restablecimiento que se manifestó desde que salió de París en dirección a las tierras de la Provenza. J. B. L.

### Paris y Londres en 1793.

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR CARLOS DICKENS.

(Continuación.)

— ¡Las diez! gritó el mozo de la fonda, a quien Sydney Cartone había encargado que le despertara.

— ¿Qué quieres? preguntó el abogado entreabriendo los ojos.

— Vengo a decirlos que son las diez.

— ¿Las diez de la noche?

— Sí, señor. Me habiais encargado que os despertara.

— ¡Muy bien! ¡muy bien! Me acuerdo.

Después de hacer algunos esfuerzos para volver a dormirse, esfuerzos que el mozo de la fonda combatió con destreza atizando el fuego y haciendo ruido con las tenazas, Cartone se levantó, se puso el sombrero y salió.

Se dirigió hacia el Temple, recorrió dos veces la acera del paseo de King's-Bench para despejarse, y fué a llamar a la puerta del despacho de M. Stryver.

El escribiente del célebre abogado, que nunca asistía a estas conferencias nocturnas, se había retirado a su casa, y el mismo Stryver abrió la puerta a su colega. Llevaba una bata muy ancha y babuchas, se había quitado la corbata y la peluca para estar mas cómodo, y sus ojos presentaban ese aspecto brillante que se observa en todos los buenos bebedores, y se encuentra, a despecho de los artificios del arte, en todos los retratos de los siglos báquicos.

— Te has atrasado, Mnemesino, dijo el abogado.

— De un cuarto de hora, respondió Sydney.

Entraron en un aposento ahumado cuyas paredes desaparecían detrás de montones de libros y el escritorio bajo legajos inmensos. Humeaba una vasija de hierro al lado de la chimenea donde había un buen fuego, y se veía cerca del escritorio una mesa cargada de botellas de vino, aguardiente y ron, de azúcar y de limones.

— Conozco que has apurado tu correspondiente botella, Sydney, dijo el abogado.

— Tienes mal ojo, respondió Cartone, porque he bebido dos. He cenado con el cliente del día, ó mas bien he mirado como cenaba, lo cual en el fondo es lo mismo.

— Has tenido una idea muy singular en la audiencia, Sydney.

— ¿Cuál?

— La de hacerte confrontar con el acusado. ¿Cómo has pensado en ello? ¿Cuándo has reparado en tu semejanza con M. Darnay?

— Me ha parecido un buen mozo, y he pensado que hubiera sido como él favoreciéndome la fortuna.

— Tú y la fortuna habeis estado siempre reñidos, pobre amigo mio, dijo el abogado riéndose hasta el punto de dar tormento a su vientre precoz. Pero dejemos las conversaciones ociosas, y ¡manos a la obra!

El tigre se quitó la casaca y la corbata con ademan sombrío, entró en un aposento inmediato, de donde sacó un jarrón de agua, un barreño y dos toallas, empapó las dos toallas en agua, las torció ligeramente, se las puso en la cabeza a guisa de turbante, y se sentó junto a la mesa diciendo al abogado:

— Principiemos.

— No hay mucho trabajo, dijo Stryver con tono jovial registrando los legajos de procesos.

— ¿Cuántas causas?

— Dos solamente.

— Dame primero lo mas difícil.

— Elige, aquí están, Sydney; haz lo que quieras, pero no te detengas y desplega todo tu talento.

Después de pronunciar estas palabras con tono decisivo, el leon se reclinó sobre un sofá a cuyo alcance estaban las botellas, mientras el tigre se sentaba delante de un mal escritorio, desde el cual podía alargar tambien su mano hasta las botellas que había sobre la mesa.

Los dos amigos bebían continuamente, pero ofrecían tipos distintos en sus movimientos. El leon, reclinado con indolencia y con una mano en la cintura, contemplaba el fuego de la chimenea y ojeaba de vez en cuando el proceso, y el tigre con el ceño fruncido y el rostro atento, estaba tan profundamente absorto en su tarea, que sus ojos no seguían siquiera la mano que alargaba para tomar el vaso.

Cuando el trabajo presentaba alguna dificultad, Sydney se levantaba para empapar nuevamente las toallas, y continuaba trabajando con su turbante cuyo aspecto era mas excéntrico con la gravedad del abogado.

Habiendo completado por fin la comida del amo, el tigre se preparó para entregársela, y el leon se dignó tender la mano para recibir lo que le presentaban, eligió lo que le pareció conveniente y discutió su mérito, con el auxilio siempre de su humildísimo servidor.

Entonces volvió a reclinarse el leon con ademan meditado.

El tigre sacó nuevas fuerzas con un vaso de Oporto, volvió a empapar las toallas, y se ocupó de los elementos de una segunda comida.

Esta nueva presa fué servida del mismo modo que la anterior, y cuando estuvo completamente aderezada, se oyerón las tres en los relojes de la ciudad.

— Hemos terminado el trabajo, dijo Stryver, y puedes hacer el ponche.

Sydney se quitó las toallas que le cubrían la cabeza, se esperezó, bostezó y procedió a la operación que se le ordenaba.

— ¿Sabes, Sydney, que estuviste muy acertado en tus pronósticos sobre el testigo en contra? Se hicieron todas las preguntas que habias previsto.

— ¿No sucede acaso lo mismo todos los días?

— No digo lo contrario. Pero ¿qué tienes? Apaga en el ponche tu mal humor.

El tigre obedeció gruñendo.

— Siempre serás el mismo, el antiguo Sydney del colegio de Shrewsbury, continuó Stryver contemplando a su amigo, hoy elevado hasta el quinto cielo, y mañana hundido en el cieno, radiante al amanecer y a la tarde desesperado.

— Sí; siempre el mismo y siempre con igual suerte, respondió Cartone con amargura. En aquellos felices años de mi juventud cumplía ya con los deberes de los demás y olvidaba los míos.

— ¿Porqué?

— Dios solo podría decirlo; era sin duda mi destino.

Estaba sentado, con las manos en los bolsillos, las piernas estiradas y mirando el fuego con ademan distraído.

— Cartone, le dijo el abogado poniéndose delante de él con aire de importancia, como si la boca ardiente de la chimenea hubiese sido el horno donde se forjaran los esfuerzos sostenidos que daban el triunfo, y como si el antiguo compañero de Shrewsbury no tuviera otra cosa que hacer que activar su llama; tu destino, Cartone, ha sido y será siempre cojo. No tienes energía ni aplicación al trabajo. Mirame y procura imitarme.

Sydney prorumpió en una estrepitosa carcajada y le dijo:

— ¿Te has vuelto moralista?

— ¿Cómo he llegado a ser lo que soy? continuó Stryver en el mismo tono. ¿Cómo he ascendido a la altura que ocupó en el foro?

— Pagándome para que te ayude, ó mas bien para que haga todo tu trabajo, respondió Sydney. Pero esto no te autoriza para que me apostrofes con ese aire de gravedad tan solemne. Tienes audacia para escalar el puesto que te conviene, de lo cual resulta que estás siempre delante y yo detrás; a esto se reduce todo.

— Es cierto que ocupó el puesto principal, pero ¿no he tenido que conquistarlo? Y por otra parte, ¿no había nacido para ser el primero?

— Ignoró quién te dió esa prerogativa, dijo Cartone, pero sé que antes de ir al colegio habias elegido ya tu puesto y yo el mio, y que desde entonces cada cual ha conservado el suyo. Hasta en París, cuando viviamos en el barrio latino donde nos esforzabamos en recoger algunas nociones de francés, de derecho civil, etc., de lo cual entre paréntesis no sacaste gran provecho, tú estabas siempre en todas partes y yo en ninguna.

— ¿Quién tiene la culpa?

— Por cierto que la culpa es tuya.

— ¡Mia!

— Sí. Estabas ocupado sin cesar en abrirte camino, y dispuesto siempre a cruzar la multitud, a apremiar, a empujar y a insinuar. Acaparabas el movimiento, y a mí no me quedaba mas que el reposo. Pero es triste recordar el pasado cuando va a hacerse de día; antes que parta da otra dirección a mis pensamientos.

— Con mucho gusto, Sydney. ¡Bebamos a la salud de la hermosa Lucía Manette! ¿Tienes en la actualidad una perspectiva mas grata?

Era indudable que no, porque su rostro se puso aun mas sombrío.

— ¡Brindemos por la encantadora hija del doctor!

— ¡Hermosa... encantadora!

— ¿No lo es?

— No.

— ¡Qué gusto tan estragado! Ha sido la admiración de todo el tribunal.

— ¡Excelentes jueces de la belleza! ¿Quién ha reconocido nunca la competencia de Old-Bailey en esa materia? Lucía Manette es una muñeca con cabellos de oro.

— Pues bien, Sydney, repuso M. Stryver que dirigió a su compañero una mirada penetrante, se me había figurado que te causaba una viva impresión esa muñeca de cabellos de oro, y hasta me parecía que habias desplegado con ella una solicitud impropia de tu carácter.

— Cuando una jóven, muñeca ó no, se desmaya a dos pasos de distancia, no se necesitan telescopios para verlo. Pero no quiero desvanecer tu ilusión y voy a brindar por ella, aunque insisto formalmente en negar que sea hermosa. Y se acabó el beber, porque me voy a acostar. ¡Adios!

Cuando Sydney salió de casa de su amigo Stryver, la luz del día penetraba en la escalera al través de los cristales empañados, y el aire era en la calle frío y glacial,

el cielo estaba triste y encapotado, el agua del rio densa y negruzca, y la ciudad silenciosa y sombría. Nubes de polvo corrian arremolinándose azotadas por el viento de marzo, como si el Africa hubiera enviado sus mares de arena para inundar la ciudad dormida.

Solo en medio de aquel desierto, y llevando en si propio el vacío que habian dejado tantas fuerzas perdidas, Cartone se paró un momento creyendo ver ante sus ojos un hermoso paisaje donde brillaban el amor al bien, el olvido de las penas, la perseverancia, la dignidad y el noble uso del alma y del corazón. En aquella vision esplendente se inclinaban hacia él los amores y las gracias desde las hermosas columnatas aéreas del templo de la felicidad, y le enseñaban los jardines donde maduraban los frutos de la vida, y la esperanza hacia brotar fuentes cristalinas y murmurantes.

Un instante despues desapareció la vision, y Cartone entró en su casa situada en un grupo de edificios sombríos.

Subió a su habitacion y se acostó vestido, regando el lecho con lágrimas tan amargas como inútiles.

El sol asomó tristemente en el seno de la niebla, y el objeto mas doloroso que alumbró fué aquel hombre dotado de facultades intelectuales sólidas y brillantes, lleno de sentimientos generosos y susceptible de emociones vivas y puras, pero incapaz de dirigir su talento, de bastarse a si propio ni de hacer nada por su propia felicidad, y que lloraba su existencia perdida, la existencia que entregaba como pasto a los demás, que como fieras se la devoraban.

### CAPITULO VI.

A CENTENARES.

El doctor Manette vivía cerca de Soho-square en una casa pacífica que formaba esquina en una calle poco frecuentada.

Habian trascurrido cuatro meses desde el fallo del proceso de alta traición, del cual se había olvidado ya el público, cuando un domingo por la tarde en el mes de julio M. Jarvis Lorry cruzaba las calles de Clerkenwell bajo un sol abrasador, y se dirigía a casa del doctor, adonde iba a comer.

Después de dejarse dominar varias veces por la indiferencia en que le abismaban los negocios, M. Lorry había cedido al afecto que le inspiraban el doctor y su hija, y el barrio pacífico donde vivían sus amigos era por fin el punto luminoso de su existencia.

El día a que nos referimos, M. Lorry había salido de casa muy temprano por tres razones. En primer lugar, porque cuando hacia buen tiempo tenia costumbre de salir a paseo antes de comer con el doctor y su hija; en segundo lugar, porque siempre que hacia mal tiempo ó cualquiera otra causa era un obstáculo para pasear, pasaba el día en casa del doctor donde hablaba en familia, cogía un libro ó se asomaba a la ventana, y estaba mas a gusto que en su propia casa; y en tercer lugar, porque tenia que aclarar algunas dudas y estaba bien enterado de los hábitos de sus amigos para saber cuál era el momento mas favorable del día para satisfacer su curiosidad.

Difícil hubiera sido encontrar en toda la ciudad de Londres una casa mejor situada que la que habitaba el doctor: el barrio era poco frecuentado, como hemos dicho antes, y desde las ventanas de la habitacion se veía una calle espaciosa, abierta al aire y al sol, y cuyo aspecto tranquilo invitaba al recogimiento.

Copudos árboles alzaban su follaje al otro lado de Oxford-Road, en un recinto cubierto de césped y flores silvestres, en donde solo se ve en el día un gran montón de ladrillos surcado por calles bulliciosas. Así pues, las brisas del campo circulaban en aquella época con desahogo en torno de Soho-square, en vez de penetrar lánguidamente como pobres que salen de la casa de caridad, y había en la vecindad del doctor numerosos jardines donde daba el sol de medio día y maduraban los albérechigos en su estacion.

El sol alumbraba esplendente la casa del doctor toda la mañana, y la dejaba en la sombra en las horas en que el calor iba a ser mas intenso, pero sin alejarse tanto que se perdiera de vista su resplandor brillante.

Era un albergue bendito, abrigado en invierno, fresco en el verano, pacífico sin tristeza y prodigioso por sus ecos; un verdadero puerto situado en el extremo de las calles donde atronaban el ruido y el movimiento.

El doctor ocupaba una de las habitaciones de una gran casa que contenía varios talleres cuyos diversos trabajos cesaban al anochecer. En el fondo del patio, donde murmuraba el follaje de un magnífico plátano, se construían órganos de iglesia, al lado se cincelaban metales, y a algunos pasos mas allá batía el oro algun gigante misterioso cuyo dorado brazo salía de la pared y parecía amenazar a los transeuntes con convertirles en su metal precioso.

Apenas se veían de vez en cuando los individuos que trabajaban en estos talleres, y no eran menos invisibles un soltero, que segun se decía, habitaba el último piso, y un tapicero de coches, que a dar crédito a la opinión pública, tenia su despacho en una de las habitaciones del entresuelo.

Peró si los habitantes eran silenciosos hasta el punto de hacer dudar de su existencia, los gorriones del plátano y los ecos del barrio, cuyo centro parecía la habitacion del doctor, cantaban y resonaban libremente desde el domingo por la mañana hasta el sábado por la noche.



El doctor Manette daba en su casa consultas que le proporcionaban su mérito y mas aun el recuerdo de su cautiverio, cuya historia se refería en voz baja y pasaba de boca en boca. Debía además á sus profundos conocimientos, á los cuidados asiduos que prodigaba á sus enfermos, y á la habilidad que habia desplegado en ensayos interesantes, una clientela numerosa que le redituaba lo suficiente para vivir con comodidad y hasta con lujo.

Todas estas circunstancias recordaba M. Lorry cuando llamó en casa del doctor un domingo del mes de julio de 1780.

— ¿Está en casa el doctor Manette? preguntó el banquero.

— No, pero va á volver pronto.

— ¿Y la señorita Lucia?

— Ha salido con su padre.

— ¿Y la señora Pross?

— Probablemente está en su cuarto, pero no sé si puede recibirlos.

— No importa, dijo M. Lorry; esperaré en la sala.

Aunque la hija del doctor habia salido de Francia siendo muy niña, debía sin embargo á su país natal la facultad de hacer mucho con pocos recursos, facultad preciosa que es uno de los rasgos característicos mas útiles y apreciables de los franceses, en los cuales parece innata. Los muebles eran sencillos, pero estaban adornados con tanta gracia, que á pesar de su escaso valor producian un efecto agradable, y la colocacion de cada objeto, desde el que tenia mas importancia hasta la mas insignificante bagatela, la armonia de los colores, la elegante variedad y el ingenioso contraste obtenido por delicadas manos y ojos llenos de finura y penetracion, unidos al criterio y al buen gusto, formaban un delicioso conjunto y recordaban de tal manera á su autora, que parecia que las sillas y las mesas preguntaban á M. Lorry con aquella expresion que tan gratamente resonaba en su oido:

— ¿Es de vuestra aprobacion?

El banquero no se cansaba de mirar en torno suyo, y se sonreía con ademán de aprobacion descubriendo en todas partes la mano hábil que habia agrupado todas aquellas naderías con tanto capricho y tan buen gusto.

Cruzó los tres aposentos que formaban en el primer piso la habitacion del doctor y cuyas puertas estaban abiertas para que el aire circulase libremente, y se paró primero en un gracioso salon donde estaban los pájaros, las flores, los libros, la mesa de labor y la caja de colores de Lucia. Despues pasó al gabinete de consultas del doctor, que servía al mismo tiempo de comedor, y se encontró por fin en un aposento lleno de muebles sombras que esparcían las hojas agitadas del platano, porque caía al patio.

Era el cuarto donde dormía el doctor, y se veían allí en un rincón el viejo banquillo y la cesta que contenía los instrumentos de zapatero que vimos en la guardilla del arrabal de San Antonio.

— Me admira, dijo M. Lorry mirando los instrumentos, que el doctor haya conservado ese triste recuerdo de sus años de dolor.

— ¿Y porqué os ha de admirar? preguntó bruscamente una voz que hizo estremecer á M. Lorry.

Hacia esta pregunta la señora Pross, la mujer hercúlea de cabellos rojos y mano robusta que habia conocido el banquero en la fonda del Rey Jorge, y que desde entonces era su amiga íntima.

— Creería que...

— No creáis nada, dijo la señora Pross interrumpiéndole.

— ¿Estais sin novedad? añadió la señora Pross con tono breve y demostrando que deseaba variar de conversacion.

— Estoy bueno y os doy las gracias por vuestra atencion, respondió el banquero con dulzura. Y vos, señora Pross, ¿estais buena?

— No como quisiera.

— ¿Qué teneis?

— ¿Cómo quereis que esté buena si continuamente me pone fuera de juicio mi niña?

— ¿Qué decis?

— ¡Ah! por favor, no hablemos de eso, ó me dará un ataque de nervios.

— No os quiero tan mal, señora Pross.

— Lo creo, lo creo, repuso la anciana aya de Lucia. Os decía pues que estoy fuera de juicio.

— ¿Puedo preguntaros la causa?

— Es fácil de explicar; me impacienta, me desespera que personas indignas de mi niña tengan la imprudencia de venir aquí á docenas para mirarla desde la calle.

— ¿Vienen aquí á docenas para mirar á la señorita Lucia?

— ¡A centenares! añadió la señora Pross.

Uno de los rasgos característicos de aquella buena mujer (así como de muchas personas de su sexo y del nuestro) consistía en abultar la proposicion que acababa de emitir si llegaban á ponerla en duda.

— ¡Cielos! exclamó M. Lorry.

— He vivido con mi hermosa Lucia, prosiguió la señora Pross, ó mas bien ella me paga hace quince años para vivir conmigo, lo cual no hubiera permitido nunca (que me pagase, por supuesto) si hubiera podido atender á los gastos de la casa, y lo que sucede es durísimo, ¿no es cierto?

M. Lorry, que no entendía una palabra de lo que decía la señora Pross, se contentó con mover la cabeza.

— Hombres que no son dignos de besar el suelo que pisa, vienen de todas las partes del mundo... y vos habeis sido el primero.

— ¡Yo! dijo el banquero con sorpresa.

— ¿No fuisteis vos el que desenterró á su padre?

— Es verdad; pero decís que yo he sido el primero...

— Y no habeis sido el último. No lo digo tanto por vos como por los demás, ni acuso por eso al doctor, que no es digno de tener una hija como mi hermosa Lucia; pero es duro... muy duro que vengan tras él una multitud de personas á robarme el corazón de mi adorada niña.

M. Lorry tenia ya noticia de los celos del aya; pero sabia al mismo tiempo que tras aquel exterior repulsivo se encerraba uno de esos seres leales que únicamente se ven entre las mujeres; criaturas excelentes que bajo la influencia de la admiracion y el amor mas puro se hacen esclavas de la juventud que han perdido, de la belleza que no tuvieron jamás y del talento que no han podido conseguir, y que saludan en los demás las brillantes esperanzas de que estuvo siempre desheredada su vida desierta y sombría.

El banquero habia vivido bastante para apreciar el valor del servicio de un corazón tan fiel, y en su respeto por tan humilde adhesión, tan desinteresada como incansable, colocaba á la señora Pross (cada cual tiene sus ideas en materia de justicia distributiva) infinitamente mas cerca de los ángeles que á muchas señoritas mas favorecidas por la naturaleza, instruidas, de buen tono, y que tenían en casa de Tellone cuentas corrientes de sumas respetables.

— No he conocido aun un hombre que sea digno de mi Lucia, continuó la excelente aya, y el único era mi hermano Salomon antes de pagar mi cariño con ingratitud.

M. Lorry sabia hacia algun tiempo que el hermano de la señora Pross era un malvado, que despues de haber gastado sin vergüenza cuanto poseía, la habia abandonado sin remordimiento á la mas profunda miseria. De esta ingratitud hablaba la buena aya, y el cariño que continuaba profesando á un hermano tan desnaturalizado, y su insistencia en no ver mas que una ingratitud en la conducta de aquel infame, contribuía á que M. Lorry tuviese en mayor aprecio el carácter generoso y fiel de la señora Pross.

— Ya que estamos solos y somos personas formales, dijo el banquero, permitidme que os haga una pregunta.

— Hablad, M. Lorry.

— El doctor, en sus conversaciones con su hija, ¿ha recordado alguna vez la época en que hacia zapatos?

— No.

— Sin embargo, conserva sus instrumentos y su banquillo.

— No he dicho que dejase de pensar nunca en eso, respondió la señora Pross moviendo lentamente la cabeza.

— ¿Creéis que piensa mucho?

— Sí.

— Figuraos pues que...

— No me figuro nada, dijo el aya interrumpiéndole.

— Suponed pues... ¿No haceis nunca suposiciones?

— Algunas veces.

— Suponed pues, continuó el banquero, que el doctor haya conservado alguna sospecha acerca del motivo que impulsó á los que le encerraron en el calabozo.

¿Creéis que ignora el nombre de sus enemigos?

— No supongo nada, y sobre ese punto no sé mas que lo que me ha contado mi hermosa Lucia.

— ¿Qué cree Lucia?

— Que lo sabe todo.

— No os enojeis por mis preguntas, porque soy cansado como hombre de negocios. Vos tambien sois...

— ¿Una mujer cansada? preguntó la señora Pross con tono de buen humor.

— Por el contrario, sois una mujer de carácter positivo y práctico; eso es lo que queria decir. Pero volvamos á nuestro asunto. ¿No es extraño que el doctor Manette, cuya inocencia es indudable para todo el mundo, evite con tanto cuidado el hablar de su prision? No lo digo por mí, aunque estamos unidos hace tantos años por relaciones de negocios, y en el día soy uno de sus íntimos amigos, sino por su hermosa hija, por Lucia, á quien ama tanto y que tanto le ama. Estad convenida, señora Pross, de que si entro en esta cuestion, lo hago, no por curiosidad, sino por el interés que me inspira el doctor.

— En cuanto he podido llegar á comprender, y ya sabeis que mi comprension es muy limitada, dijo el aya bajando la voz, creo que el doctor tiene miedo de tocar este punto.

— ¿Porqué?

— Es muy natural. ¿Quereis que recuerde los padecimientos que le hicieron perder la razon para exponerse al peligro de turbar su inteligencia, y tal vez de volverse otra vez loco? Por otra parte, es un recuerdo que nada tiene de agradable.

Esta reflexion era mas profunda de lo que esperaba el banquero de la tosea inteligencia del aya.

— Teneis razon, dijo, teneis razon. Es terrible pensar en tales cosas. Sin embargo, dudo que sea conveniente que el doctor se guarde para si tan espantoso recuerdo, y la inquietud que me causa esta duda es lo que me ha inducido á desear la presente entrevista secreta.

— Nada podemos hacer para remediarlo, dijo la señora Pross moviendo la cabeza con expresion sombría. Cada vez que se toca esta cuerda, el doctor se transforma de una manera terrible, y creo que lo mejor es no hablar de esto. Por otra parte, estoy segura de que no contestaría si se le hiciesen preguntas que pudiesen despertar sus recuerdos. Algunas noches se levanta de

pronto y se pasea por su cuarto largas horas; nosotras le oímos, porque dormimos debajo, y sus pisadas resueñan sobre nuestras cabezas. Mi hermosa Lucia me dice que en aquellos momentos su imaginacion vive en lo pasado, y que se figura estar paseando en su calabozo, como lo hacia en otro tiempo. La señorita sube entonces á su cuarto, y los dos andan... andan... andan de un extremo á otro hasta que la presencia de su hija le hace volver en sí, y se para no solo con sangre fria, sino con todo el juicio que tiene cuando está despierto. Sin embargo, oculta á Lucia el motivo de su agitacion, y mi hermosa niña está persuadida de que es preferible no despertar este recuerdo.

La manera con que la señora Pross, al repetir las palabras « andan... andan... andan de un extremo á otro, » habia expresado la penosa monotonia de una idea dominante, demostraba, aunque ella insistia en confesar que su comprension era muy limitada, que no dejaba de tener imaginacion en algunos casos.

Hemos dicho que la habitacion del doctor estaba situada en un sitio prodigioso para los ecos. Así pues, en tanto que la señora Pross contaba las idas y venidas del doctor Manette y de su hija, el banquero hubiera podido creer que oía el paseo del preso al escuchar el rumor de los pasos que resonaban en su oido, á no haber sabido cuál era su origen.

— Ya vienen, dijo el aya levantándose para terminar la conferencia, ya vienen, y muy pronto acudirán todos los demás.

Aquella habitacion era tan curiosa por sus propiedades acústicas, una especie de oreja donde todos los sonidos convergian de una manera tan extraña, que M. Lorry, que se habia asomado á la ventana, creyó que no iba á ver llegar nunca al doctor y á Lucia, cuyos pasos oía sin embargo. Despues oyó un rumor confuso, el de un grupo mas ó menos numeroso cuyos pasos se extinguían en el momento en que se creía que iba á aparecer una gran multitud.

Sin embargo, el padre y la hija aparecieron á los pocos momentos, y la señora Pross corrió inmediatamente á la puerta de la calle donde les esperó.

A pesar de su exterior, de su elevada estatura, su vestido estrecho y su rostro vulgar, enternecía el verla tomar el sombrero de Lucia, quitarle el polvo cariñosamente con el pañuelo y alisar los hermosos cabellos de la jóven con tanto orgullo, como si le hubiera pertenecido tan rica cabellera, y fuese la mas vanidosa y coqueta de las mujeres.

Y causaba dulce placer ver á Lucia darle las gracias, abrazarla con efusion y protestar contra el trabajo que se tomaba por ella, lo cual sin embargo decia riendo para no ofender á su aya, que no hubiera podido contener las lágrimas. Y era tambien un espectáculo tiernísimo el que presentaba el doctor, contemplando á una y otra, reprendiendo á la señora Pross porque mimaba á Lucia, y probando con su acento y con sus ojos que él la hubiera mimado mas aun si hubiese sido posible.

Finalmente, no era menos interesante contemplar á M. Lorry, radiante de júbilo bajo su pequeña peluca, y dando gracias á su estrella de solteron por haberle concedido en su vejez todas las dichas del hogar doméstico.

Pero no vino nadie para gozar del cuadro que presentaba la familia, y M. Lorry esperó en vano á los demás que habia anunciado el aya: llegó la hora de comer, y no llegaron los que acudían á centenares.

La señora Pross estaba encargada de la direccion interior de la casa, y desempeñaba su cargo de una manera portentosa: sus comidas eran tan sencillas y al mismo tiempo tan bien arregladas, la mesa ofrecía un aseo tan tentador para el apetito, y la cocina, medio inglesa y medio francesa, era de tal perfeccion, que no podia imaginarse que hubiera manjares mas exquisitos. La excelente aya, ocupada sin cesar en el bienestar de los que servía con amor, habia registrado toda la vecindad para descubrir el paradero de unas pobres francesas, que tentadas por sus regalos, le habian revelado todos sus secretos culinarios, y el talento que le habian infundido estas hijas de la Galia era tan prodigioso, que las dos criadas puestas á sus órdenes la creían bruja ó hechicera, capaz de tomar un pollo, un conejo ó una legumbre cualquiera, y de trasformarlos en lo que se le antojase.

La señora Pross comía los domingos en la mesa del doctor; pero durante la semana lo hacia á horas desconocidas, ya en las bajas regiones donde estaba situada la cocina, ya en el cuarto azul que ocupaba en el segundo piso, y donde nadie entraba á excepcion de Lucia.

El día de que hablamos desplegó todo el buen humor de que era capaz para corresponder á las atenciones de que la colmaba Lucia, y la comida fué de las mas agradables.

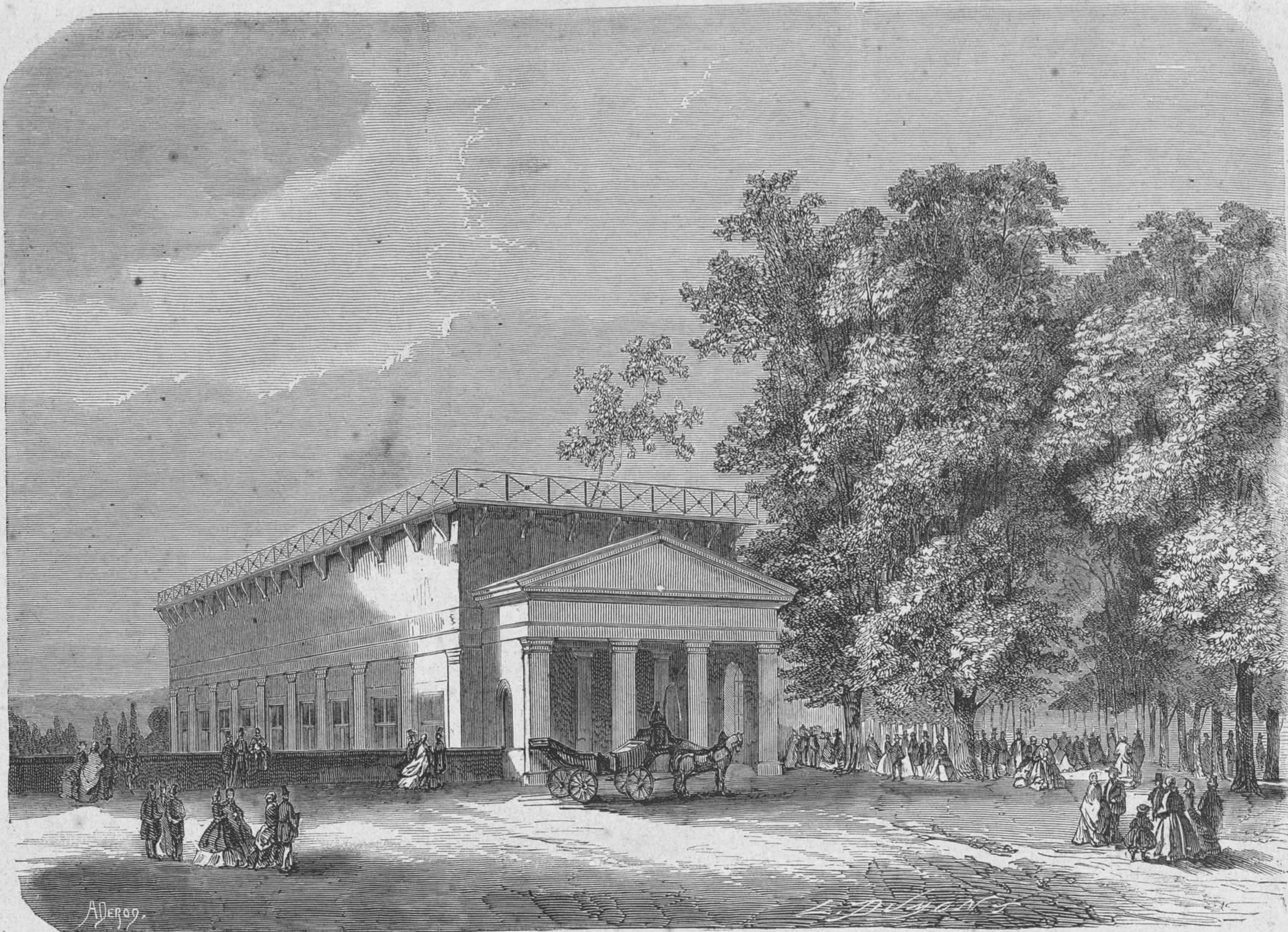
Despues de los postres (el calor era insoportable) Lucia propuso ir á sentarse á la sombra del platano, y como sus mas insignificantes deseos eran mandatos para cuantos la rodeaban, todos se levantaron inmediatamente. Ella tomó la botella para obsequiar á M. Lorry de quien era la Hebe, y nuestros convidados se sentaron en el patio.

Las paredes y los techos misteriosos presenciaban sus sonrisas, en tanto que las ramas del platano murmuraban sobre sus cabezas.

No tardó en llegar M. Darnay para ensanchar el círculo de la familia; pero no era mas que uno, y continuaban ausentes los centenares de individuos anunciados por la señora Pross.

El doctor y su hija recibieron á Carlos con solicitud afectuosa; pero el aya sintió tanta inquietud y un tem-





Nuevo museo de antigüedades galas en el terrado del palacio de Compiègne.

blor tan extraño, que se vió precisada á retirarse; era el malestar á que estaba sujeta la señora Pross, y que ella llamaba su crisis nerviosa.

Nunca habia estado el padre de Lucía tan alegre y tranquilo; tenia especialmente un aspecto de juventud que hacia aun mas notable su semejanza con su hija, y se veia con placer la misma expresion de dicha en los dos rostros, que estaban entonces juntos y formando un grupo gracioso.

Lucía tenia la cabeza apoyada en el hombro del doctor Manette, cuyo brazo descansaba en el respaldo de la silla de su hija.

Se hablaba de edificios antiguos, y el doctor tomaba parte en la conversacion con un entusiasmo que no le era comun, cuando M. Darnay le preguntó si habia visto la Torre de Lóndres.

— Estuve un dia con Lucía, respondió, y la vimos de paso; pero nos bastó para comprender el inmenso interés que despierta.

— Yo la he visitado mas despacio; ya os acordareis, continuó M. Darnay con amarga sonrisa, y á pesar de haber vivido en ella, estoy menos enterado tal vez que vos de su historia. Me contaron sin embargo un incidente bastante curioso que pasó mientras estaba preso. Habiendo entrado los albañiles en un antiguo calabozo para hacer una reparacion, no sé cuál era, entre las fechas, los nombres, las quejas y las oraciones de que estaban cubiertas las paredes de aquella mazmorra, vieron en un rincon tres letras mayúsculas grabadas por una mano temblorosa, y sin duda con el auxilio de un mal instrumento.

(Se continuará.)

**Museo de antigüedades galas**

EN EL TERRADO DEL PALACIO DE COMPIEGNE.

En diversas ocasiones, al hacer obras de carreteras en la selva de Compiègne, se habian encontrado diferentes objetos de cuya antigüedad no podia dudarse. La mayor parte de los aficionados y de los anticuarios

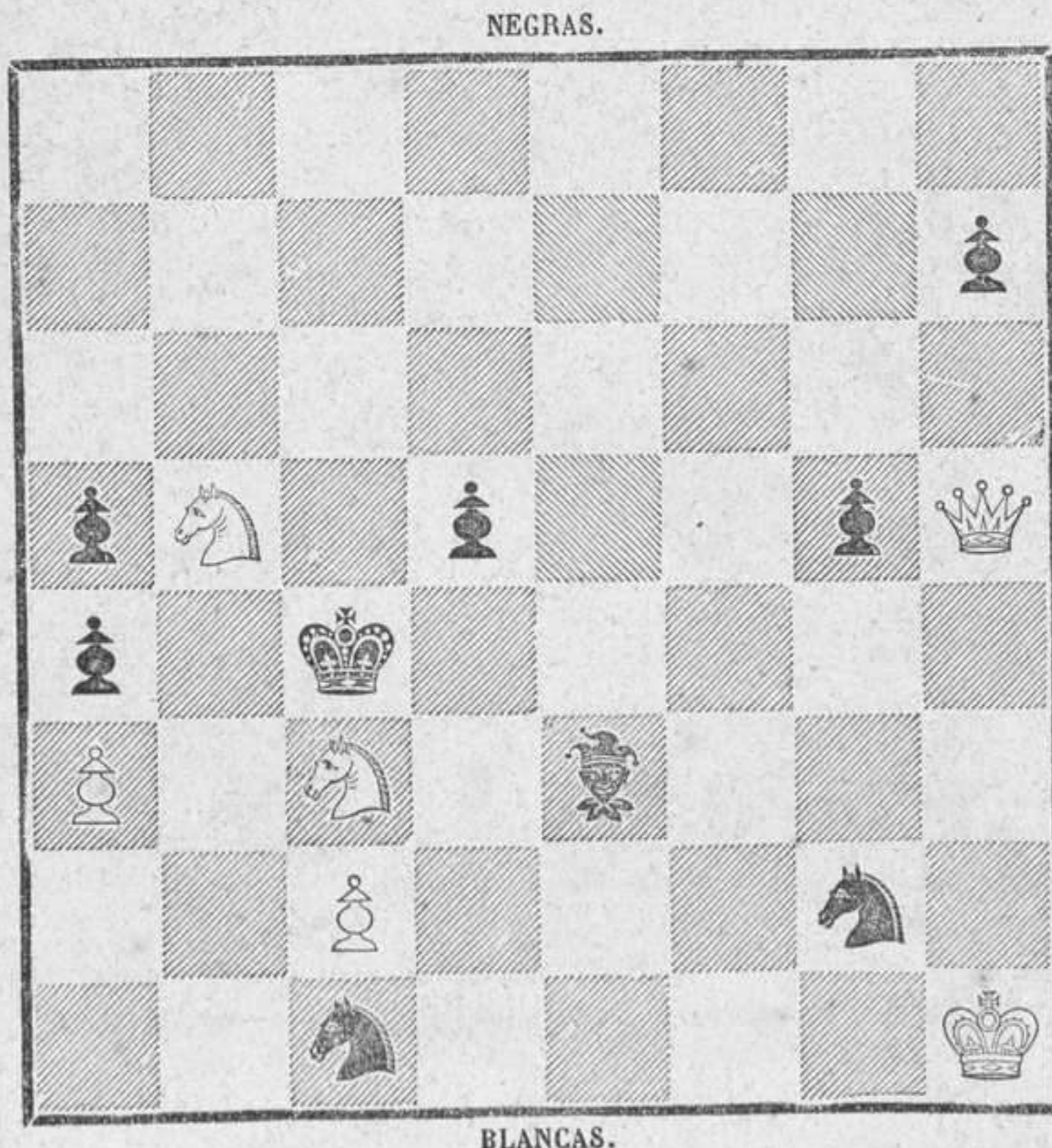
daban á estos restos el epíteto de *galo-romanos*, en tanto que hoy está fuera de duda que pertenecen por lo comun á épocas muy distintas y separadas entre sí por muchos siglos.

**Problemas de ajedrez.**

Solucion del número 89.

- 1 Ra come PR                      T come Ra
- 2 T 6a CRa                         C come T
- 3 C 7a ARa                         T come C
- 4 A 4a ARa jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 90, POR M. PLACHUTTA.



Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Cada vez que se emprendian nuevas excavaciones, los operarios ponian á descubierto restos de tejas, de construcciones y de tumbas antiguas, y sobre todo una porcion de vasijas rotas de tierra blanca, gris ó encarnada.

En diferentes sitios, y principalmente en Fontenoy, cerca de Pierrefonds, descubrieron bastantes figurillas de tierra blanca ó amarillenta.

Durante los trabajos de las explotaciones y de los cortes de madera que se hacen anualmente en la selva, se solian encontrar hachas de pedernal ó de bronce, cuchillas corroidas, y esas piedras de molineta portátiles que aun emplean las tribus africanas para preparar el cuscusú.

M. de Cambry, prefecto del departamento del Oise á principios del imperio, mandó practicar excavaciones en Breteuil (no lejos de Beauvais), que tomaban por el *Bratuspantium* de los galos. Con este motivo publicó algunas láminas grabadas, acompañadas de dos volúmenes de texto, donde se encuentra consignado el resultado de sus descubrimientos; en esos dibujos se observan las formas generales y algunos de los asuntos que figuran en las copas y las paleras de tierra encarnada de la selva de Compiègne; estas son en lo general de una pasta muy fina, de un buen trabajo realzado con preciosos detalles, y la industria moderna, á pesar de todos los perfeccionamientos con que se envanece á justo título, no puede ofrecer nada semejante en este género usual.

En 1850 nuevas obras produjeron un descubrimiento que causó entonces grande sensacion entre los anticuarios: M. Serou mandó hacer excavaciones en Champieu, en una especie de túmulo, y entonces se pudo ver el estado de la arquitectura y de la escultura en una época remota de la historia nacional de la Francia.

Finalmente, en 1861 el emperador, durante su permanencia en Compiègne, encargó á M. Roussy que hiciese continuar las investigaciones en la selva, y puso á su disposicion, para trasformarle en museo, un pabellon situado en el terrado del palacio sobre la puerta Chapelle, construida en otro tiempo por Filiberto Delorme.

Sin hablar de todas las curiosidades que encierra ya este nuevo museo, se ven en él muchas joyas, adornos de tocados, de metal y de materias muy variadas, así como una coleccion de objetos de hierro importados probablemente entre los galos por sus vencedores, mucho mas adelantados en civilizacion.

D.